



# NOSOTROS

---

## LOS RETRATOS DE RAMIREZ

La aparición en Montevideo del libro *Ensayo de Historia Patria*, del Hermano Damasceno, ha motivado una severa crítica del laborioso escritor uruguayo don Orestes Araujo, respecto de la iconografía de esta obra, destinada a la enseñanza universitaria; y, especialmente, sobre un retrato presentado por el autor como el del famoso caudillo Francisco Ramírez, que califica de estampa apócrifa, censurándole por haber adoptado para representarlo, la de un soldado de las montoneras federales, publicado cabalmente en una edición anterior de dicha obra, con ese mismo título, lo que hace más vituperable el engaño.

El distinguido crítico, que tan sagaz y erudito se mostrara al descalificar el retrato de Zabala, — transformado aquí en el fundador de Montevideo, copiándolo de una lámina de un mosquetero de la popular novela de Dumas por el pintor Contrucci, — acierta nuevamente esta vez en sus aseveraciones críticas.

El asunto no carece de cierto interés, ya que el tema de los pseudo retratos de personajes históricos se ha actualizado con motivo de la discusión trabada en torno de una supuesta imagen de Juan de Garay, en que el nombre y las repintaciones de aquel peritísimo imitador italiano andan revueltos. Fui paladín iconoclasta en esa ardorosa batalla literaria cuyos ecos resonaron allende el mar; es natural, entonces, que el nuevo caso me tentara

a trazar estas páginas evocatrices de uno de los períodos más dramáticos del pasado argentino, en que surge con relieve extraordinario y se impone a la admiración esa figura arrogante del caudillo de las montoneras litorales.

Desde luego creemos que no existe ningún retrato auténtico, y que el publicado por el señor Araujo, en su artículo crítico de *La Razón*, como probanza histórica, es una obra de mera fantasía, ejecutada después de la muerte de Ramírez, aunque sea el más generalizado. Es el que presenta Benigno T. Martínez en la *Historia de Entre Ríos*, y aunque no indica su procedencia,



**General Francisco Ramírez**  
Fundador de la República de Entre Ríos, 1820

según nuestros recuerdos, debe ser una copia retocada de un medallón de perfil que ostenta la pirámide de una plaza del Uruguay, modelado por Fosatti, de acuerdo con las indicaciones de los generales Urquiza, Urdinarrain y Galarza, que conocieron personalmente al caudillo, especialmente Galarza, que había servido bajo sus órdenes desde asistente hasta la hora trágica en que sucumbe semejante a un caballero medioeval por salvar a su Delfina, una mujer varonil de rara belleza que acompañaba en su postrer empresa bélica al formidable guerrero.

A pesar de ser obra de fantasía, tiene, sin embargo, en abono de una probable semejanza en los principales rasgos fisionómicos, el testimonio de las calificadas personas que lo conocieron y

pudieron sugerir al artista la expresión de la enérgica cabeza de aquel agitador de muchedumbres.

En cuanto al grabado del soldado de las montoneras federales, — que el Hermano Damasceno ha presentado con odio artiguista como la verdadera efigie del “traidor” Ramírez, — la misma vestimenta denuncia más bien a un soldado que a un jefe de encumbrada posición, como lo era ya en esa fecha el caudillo entrerriano, después de haber triunfado en los campos de Cepeda contra el ejército dictatorial mandado por Rondeau.

No conocemos el origen de dicha estampa, que hace más de un cuarto de siglo incluyó Pelliza en las ilustraciones de su texto de lectura *El Argentino*, bajo el título de: Soldado de las montoneras de Ramírez, 1820.

Poseo en mi colección una acuarela semejante firmada por E. Seije, el año 1882, con la advertencia al dorso de haber sido copiada del original existente en el museo de Justo Maeso, en Montevideo. No indica quien es el autor, pero tiene al pie una inscripción en francés que dice así: “(Feb. 1820). Soldado de la montonera (los orientales), mandada por Ramírez. Pluma de avestruz, morrión de cuero, traje azul, carabina, sable”. En un ángulo de la parte superior se lee: “Notas sobre la América del Sud”. En el morrión se distingue una divisa diagonal blanca cuyo lema es: “Mueran los tiranos”. El montonero tiene barba entera, aro en la oreja, pañuelo de colores atado a la cabeza y el pelo en forma de trenza cae a la espalda.

Por sus detalles típicos da la impresión de que se trata de una copia tomada del natural. La trenza y el pequeño zarcillo de metal es muy característico; lo usaron los gauchos del litoral a principios del siglo XIX; he alcanzado viejos criollos en Entre Ríos con ese pequeño adorno en las orejas; y no sólo lo usaban los gauchos sino los que se acriollaban para parecerseles, como ocurre con el guerrillero irlandés Pedro Campbell, — desertor de las tropas de Beresford, — que, en 1818, capitaneaba un grupo de montoneros santafecinos, según lo pinta Robertson en este extraño perfil:

“Estando sentado una tarde en el corredor de mi casa, llegó hasta cerca de mi asiento, montado en un caballo, un hombre alto, seco, de feroz aspecto y vestido con el traje de gaucho. Un par de pistolas de caballería estaba sujeto a su cinto, y un sable de vaina mohosa pendía de un cinturón de cuero bruto. Su pelo y bigotes eran de color rojo y estaban empapados de sudor y

cubiertos de polvo. Su cara, no sólo había sido tostada por el sol hasta parecer negra, sino despellejada de tal modo que trozos de cutis caían de sus labios destrozados. Llevaba en sus orejas dos aros de metal, y vestía además una gorra de campaña, un poncho despedazado y chaqueta azul con solapas de un rojo descolorido. Sus piernas estaban guarnecidas de dos botas de cuero de potro y arrastraba un par de espuelas, cuyas rodajas medían algunas pulgadas de circunferencia". (*Letters on South America*, t.º I, pág. 27. London, 1843).

En los comienzos de 1820, Ramírez era ya el "Supremo entrerriano" — título que mereció de sus enemigos y con el cual es más generalmente conocido — debía vestir naturalmente el traje militar adecuado a su encumbrada posición; no usaba bigotes sino pequeñas chuletas como todos los militares de la época; así lo representa el medallón de Fosatti, y de idéntica manera lo pintó otro artista — Secundino Salinas — para la galería de gobernadores existente en la casa de gobierno del Paraná.

Ignoramos de qué medios se valió el soldado y pintor criollo — muerto en 1912 — para pintar este retrato del primer gobernador entrerriano. Pero, es indudable que el autor de "El domador" y "El soldado de Caseros" se ha inspirado en otros personajes de aquella época, también reconstruidos, como lo hicieron Juan Manuel Blanes y Carlos M.ª Herrera con los retratos de Artigas.

El mismo historiador López, que tan poca simpatía muestra por el caudillo, y que lo describe vistiendo en sus mocedades una indumentaria fantástica: con bombacha turquí prendida al cuerpo por un cinturón de cuero curtido, enjaezado con monedas de oro y plata, ligada bajo la rodilla por la vistosa trenza de las botas de potro; sin más sobrepuesto en el busto que el chaleco abierto y la blanca camisa transparentando el ancho y velludo pecho; con el parduzco chambergo encajado en pañuelos flotantes de vivísimos colores; — agrega, sin embargo, que cuando comenzó a figurar con el título y la jerarquía de el general Ramírez, cambió el traje habitual de sus mocedades, adoptando el pantalón azul con vivos colorados, chaqueta corta con pequeñas coletas por detrás y cuello parado en forma de esclavina, y tomó el sombrero de copa en vez del chambergo panzaburro. (*Historia Argentina*, t.º VII, pág. 473).

Si la estampa del soldado de las montoneras ha sido tomada del natural por algún viajero, por la exactitud del tipo criollo y

la vestimenta, debe representar entonces a uno de los “Dragones de la muerte”, que según cuenta la tradición, personalmente guiaba



**Soldado de las montoneras federales en 1820**

*(Acuarela de la época)*

a la pelea el heroico caudillo en aquellos sangrientos entreveros con los ejércitos de Buenos Aires, de Artigas, de La Madrid y Estanislao López.

\*

Positivamente puede afirmarse que todos los pretendidos retratos de Ramírez son obras ejecutadas de memoria, después de su muerte en 1821. Pero si el pincel no ha fijado en el lienzo los rasgos auténticos del expresivo rostro, tenemos en cambio el testi-

monio de algunos de sus compañeros de aventuras que permiten reconstruirlo al escritor.

Entre éstos es digna de mencionarse en primer término la *Brief Relation*, de Yates, un oficial irlandés que sirvió a las órdenes del general José Miguel Carrera en la guerra civil del litoral argentino, publicada en Londres el año 1824 como apéndice del *Diario* de Ma. Graham y en la cual se encuentra la referencia siguiente: "Ramírez era de estatura baja, tez muy oscura, y aspecto desagradable. Tenía una inteligencia fuerte y comprensiva, y poseía talentos naturales, pero enteramente incultivados por la educación. Era inhábil político; pero las más distinguidas calidades del guerrero estaban concentradas en él en alto grado; era abierto y franco, incapaz del disimulo, leal a sus amigos y de una bravura personal no excedida por nadie".

El doctor López, con datos comunicados por el general Lucio Mansilla, — que había servido bajo la bandera de Ramírez en la guerra contra Artigas, abandonándole en la última campaña después de pisar victorioso el territorio santafecino, — ha trazado en las páginas de su obra este hermoso perfil: "De robusta constitución y de arrogante presencia, lucía en el rostro una abundante y sedosa barba que parecía un esmalte sobre lámina de bronce; tenía el ojo atrevido, la nariz aguileña, la frente echada hacia atrás y la expresión despreciativa". (*Ob. cit.*, t.º VII, pág. 471).

El general Mitre — *Historia de Belgrano*, III, pág. 563 — por referencias del coronel Cáceres, da este retrato: "Era de baja estatura, pero de una constitución hercúlea. Tenía una cabeza muy abultada, que imponía; ojos negros y penetrantes; manos gruesas, cortas y cuadradas como las garras de un león".

En cambio dos escritores regionales, los señores Martín Ruiz Moreno y Benigno T. Martínez, por lo general bien documentados, lo retratan de manera diversa. Afirma el primero: "era un lindo hombre, rubio, y muy blanco, de una mirada viva, franca y picaresca". (*Vida pública del general Ramírez*, pág. 10); — asegura el segundo: "en sus facciones se adivinaban los rasgos guaranícos del padre; tenía la cabeza abultada, los ojos negros y chispeantes, velados por las pobladas cejas que le daban un aspecto duro y siniestro en la pelea". (*El general Ramírez*, página 4).

Ruiz Moreno se apoya en referencias de antiguos jefes y en el conocimiento personal de los hermanos del general. Alcancé, sien-

do estudiante en el Colegio del Uruguay, a una de sus hermanas, — una viejecita, alta, muy blanca, de ojos celestes y muy pulcra. El dato es interesante pues condice con la aseveración de Ruíz Moreno. Martínez no menciona las fuentes de que se sirvió para su esbozo, pero sospechamos que se ha guiado por los antecedentes de la familia del caudillo (el padre era paraguayo y la madre porteña) y por las líneas del medallón de Fosatti de la columna del Uruguay.

Dado el origen de su familia y las referencias de Yates y Mansilla, como por los perfiles trazados por López, Mitre, Ruiz More-



**General Francisco Ramirez, de la galería de gobernadores de Entre Ríos, por Secundino Sallnas**

no y Martínez, no puede inferirse que fuera un “mulato” como afirmó Vicuña Mackenna. (*El ostracismo de los Carreras*, página 318), citando la *Relación* de Yates que, como se ha visto, sólo dice: “tenía la tez muy obscura”; es decir, la tenía tostada por el sol, porque es sabido que hizo vida campestre en su juventud y que desde 1810 hasta el día de su muerte vivió en los campamentos por espacio de once años.

Era vecino y amigo del hogar de mis padres en el Uruguay, el señor general don Miguel Gerónimo Galarza, — que acompañó

a Ramírez en todas sus campañas hasta verlo caer tras el postrer combate en la frontera santiagueña, — de los labios del benemérito anciano recogí muchas de las prolijas referencias con que he pintado en *Montaraz* la enconada lucha entre Ramírez y Artigas; y con ellas ensayé la evocación de su figura marcial, cuando después del desastre de las Guachas se irguió bravío jurando morir o libertar de enemigos el suelo natal. Tuve también presente el esbozo de López, que reputo verídico, dado el origen de los recuerdos de Mansilla que le sirvieron para trazarlo, y los que condicen en lo principal con el testimonio fidedigno de un testigo ocular de singular valía como el general Galarza.

Con todas las deficiencias de su ejecución literaria, creo que esas páginas reproducen el conjunto fisionómico del modelo, tal como lo conocieron sus compañeros de armas, y que ellas se ajustan a la estricta verdad biográfica; como tales las entrego al artista futuro que quiera representar en mármol o en bronce los rasgos de esa figura romancesca, hecha de violencia y bravura, en su encarnación de las rebeldías de las masas populares contra los opresores de las autonomías provinciales.

He aquí esas páginas:

Tenía treinta y cuatro años. De estatura elevada y robusta musculatura: ancho el pecho, de fuerte armazón huesosa y el busto erguido con esa altivez del gesto dominador. El rostro era hermoso, blanco, pálido, sombreado por esa pátina que imprimen la intemperie y los rigores de la vida campestre. La nariz aguileña, de correcto perfil, se alzaba sobre los labios imperativos; la cabeza algo abultada, llena de fuerza y energía, estaba cubierta por una espesa cabellera que echaba hacia atrás en largos rulos, renegrida como las cejas y las patillas que usaba a la pernil. El resto de la barba y el bigote lo llevaba completamente rasurado. Pero lo que atraía principalmente la atención, eran los ojos, ardientes, imperiosos e irresistibles, que brillaban con reflejo acerado bajo el arco sombrío de las cejas, acusando la decisión y la bravura de la entraña.

Vestía con sencillez gruesa casaca militar, pantalón angosto con vivos rojos, y un sombrero bajo de anchas alas que volcaba con altanería hacia la nuca, para dejar descubierta su frente abultada de revoltoso. Un poncho de paño punzó, abierto en forma de capa, caía en sueltos pliegues sobre la espalda hasta cubrir el anca del fogoso caballo. Ancha espada de recia empuñadura

pendía de la cintura, y apoyada en el estribo sostenía con la diestra una flexible lanza de doble media luna y grandes pasadores cincelados, desde el cuento a la aguda moharra. Fuertes botas de cuero, calzadas con pesadas espuelas de plata, completaban el sencillo traje que, a pesar de su elevada jerarquía militar, poco se diferenciaba del usado por los ricos ganaderos de la época. (*Montaraz*, pág. 118).

Se advierte a través de estos diversos perfiles literarios — que documentan testimonios respetables — un rasgo físico común que se impone con fuerza de evidencia: los ojos y la mirada del caudillo.

Tenía el ojo atrevido, dice López; ojos negros y penetrantes, agrega Mitre; los ojos negros y chispeantes le daban un aspecto duro en la pelea, nos cuenta Martínez; lo que atraía principalmente eran los ojos, ardientes, imperiosos e irresistibles que brillaban con reflejo acerado, dije en mi esbozo; — y el otro, el que guarda con admiración la leyenda comarcana, su bravura personal no excedida por nadie, consignado por Yates en su *Relación*, recordando quizás la nebulosa madrugada de Mayo, cuando cercado de enemigos tres veces más numerosos que su hueste, con el abismo de las barrancas del Paraná a sus espaldas, lanzó sus indómitos jinetes a la carga y conquistó la victoria, con aquella gran voz que lo esculpe con relieve duradero: ¡A morir, de aquí no hay retirada!...

MARTINIANO LEGUIZAMÓN.

---



**Martiniano Leguizamón.**

## POESÍAS (\*)

### A la hora vespertina.

A la hora vespertina  
se va la barca, ligera,  
tremolante la bandera  
sobre la vela latina.

En los confines declina  
el sol, fingiendo su hoguera,  
que en el agua reverbera  
hasta la costa vecina.

Solo, de pie en la alta roca,  
plinto en que mi orgullo toca  
sus juveniles anhelos,  
despido al sol y al navío,  
cual si se fuera algo mío  
a los mares y a los cielos...

### Sopla una brisa estival.

Sopla una brisa estival  
en la aromada floresta,  
y hace una pródiga orquesta  
su derroche musical.

La media luna, triunfal  
en su luminosa gesta,  
le da más brillo a la fiesta.  
... La noche es sentimental.

---

(\*) Del libro "A través del azul", próximo a aparecer.

Adviértense los amantes  
bajo la discreta umbría;  
se oyen frases suplicantes,  
rumor de sedas... En tanto  
que en la desolación mía  
sólo hay amargura y llanto.

### Madrugada.

    Madrugada.  
La amada  
duerme,  
fatigada  
de amor.  
Su cabecita  
es una flor  
marchita.  
... — Y si estuviese muerta?

    Entreabierta  
la ventana de cristal,  
da paso al viento frío  
autumnal.

    De tanto en tanto  
un jamelgo que trota,  
un insólito canto  
cuya última nota  
se alarga como una  
queja;  
o la pareja  
amante  
que en el fastuoso restaurante  
ha pasado la noche:  
no le quedó con qué  
tomar un coche  
y marcha a pie.

    No puedo  
dormir.

Tengo un raro miedo  
y me pongo a escribir.  
Pero... ¡No!  
— ¡Escucha! ¡Despierta!  
... Si estuviera muerta?  
(Si el muerto fuera yo?...)

### Tú no conoces el Español.

Tú no conoces el Español  
ni es tu país  
la selva andina que baña el sol.  
Tú sólo sabes de tu París,  
con tus azules ojos de estrella,  
tu mano grácil, tu cara bella  
y tu nobleza de flor de lis.

Nunca escuchaste la endecha extraña  
de los poetas de la montaña  
cantando ingenuas cosas de amor  
a la zagala de altiva frente  
que en las mañanas baja a la fuente  
a que le sirva de tocador.

No has aspirado, niña de Francia,  
la acre fragancia  
de los verjeles  
donde maduran frutos lozanos  
bajo los cámbulos y laureles.

... Pero yo vengo de las andinas  
cumbres triunfales.  
Tengo en el alma cosas divinas  
y canto endechas y madrigales.

Fuí buen amigo de los pastores;  
sé los secretos de la montaña;  
me han aromado vírgenes flores,  
y con los pájaros trovadores  
en las auroras soplé mi caña.

Guardo en el pecho rito ferviente  
de amor sublime. (Harto he sufrido  
incomprensiones de zafia gente);  
mas tú me hiciste, piadosamente,  
todas las penas dar al olvido.

Y pues que en esa tu alma fraterna  
me das abrigo, tan dulce abrigo,  
y a mí te unes, cándida y tierna;  
hoy, en el nombre de mis ideales,  
como a zagala de las natales  
andinas cumbres, yo te bendigo.

### Lágrimas intuitivas.

Lágrimas intuitivas de la niñez:  
iluminada sensatez!  
Con ellas el pecado  
pagamos, por adelantado.

Impulsos de la pubertad  
que mirifican  
la realidad,  
cuando el entero corazón  
en su vigoroso latir  
busca la orientación  
del porvenir.

Más tarde súmanse los años  
en sumandos de desengaños,  
y se impone la filosofía  
de artificializar la alegría.

Sonrisa de la senectud  
que se conforma con lo ido,  
mientras la amada juventud  
yace en su féretro de olvido.

Luz última, luz santa, dulce, tierna  
consoladora,

con que se inician en la eterna  
aurora  
los fatigados peregrinos  
que pasaron por los caminos  
como fantasmas de una idea :

Misericordiosos fanales  
donde el brillo de Dios flamea  
como exaltando arcos triunfales...

CARRASQUILLA - MALLARINO.

París, 1914.

---

## DOS POEMAS TRADUCIDOS

**Rubáiyát**, de *Omar-al-Khayyám*. — Traducción de Carlos Muzzio Sáenz Peña. — Prólogo de Alvaro Melián Lafinur. — Edición de NOSOTROS. Buenos Aires, 1914.

Después del hermoso prólogo que la pluma entusiasta y prolija de Melián Lafinur ha puesto a la traducción de los *Rubáiyát* de Omar-al-Khayyám, hecha por Carlos Muzzio Sáenz Peña, poco se puede agregar. El prologuista, interpretando concienzudamente la obra genial del divino poeta persa, ha agotado el tema. Y en vez de un comentario sólo sería posible breve nota bibliográfica de aplauso al joven orientalista que tan oportunamente vuelca sobre la quietud del apagado lirismo americano esa corriente roja de pasión, que al través de los siglos viene poniendo en el alma de los hombres ansias de verdad y de belleza.

Conocía la *Introducción* puesta por el traductor cuando se publicó en la revista *Renacimiento*. Y en una hermosa mañana de invierno, tal un descanso en medio de la jornada materialista, tuve oportunidad de conversar con Muzzio Sáenz Peña sobre el viejo poeta, incitándole a que ampliara su estudio con una traducción de las inmortales estancias. Ahora, al releer estas páginas y perfumar mi espíritu con la poesía de los *Rubáiyát* he recordado aquella mañana apacible y serena en que abstrayéndonos al ruido de la metrópoli vocinglera vivimos un momento en lo pasado, que en ciertos momentos equivale a libertarnos de la materialidad y opresión de lo actual.

No es ésta, en realidad, la primera traducción, en castellano, del poema inmortal. Gregorio Martínez Sierra, en el primer número de su revista *Renacimiento* (Madrid, 1907) dió a conocer aunque en forma imperfecta la poesía de Omar-al-Khayyám. Fué aquella una traducción casi literal de la de Fitzgerald, en la que

apenas se acertaba a ver todo el fondo religioso del admirable poema. Buen trabajo de divulgación, no podía ser aceptado como una obra definitiva y es de creer que este lugar lo ocupará con éxito la traducción de Muzzio Sáenz Peña, hecha con todas las garantías de fidelidad y corrección que son necesarias para hacer sentir al espíritu moderno toda la delicadeza y emoción poéticas del poema persa.

---

Tiene esta traducción el encanto especial de la sinceridad. Su mismo autor nos cuenta cómo ha sido hecha, buscando la fidelidad con el original gracias a la ayuda de un conocedor de las viejas literaturas orientales, conservando por este medio las imágenes más características en toda su integridad.

Este procedimiento ¿es el más indicado para reflejar con exactitud la belleza original? Ante todo, debemos tener presente que estos viejos poemas no pueden ser considerados únicamente como manifestaciones literarias. El espíritu de los hombres y los pueblos de aquellas épocas estaba muy por encima de la baja trivialidad de esta cosa que nosotros llamamos "literatura". En la generalidad de los casos la obra poética no era más que una manifestación espiritual mucho más profunda, en la que el espíritu religioso se imponía. Los *Ruibáiyát* son eso también, sin caer en la exageración de algunos orientalistas que en su afán interpretativo caen en lo ridículo cuando ven en el vino cantado por Khayyám el espíritu de la divinidad y en su embriaguez la idea religiosa. Aceptar esas interpretaciones es tan ridículo como el afán de aquellos buenos místicos que veían en la Sulamita "de pechos como corderillos" en el magnífico cantar del Rey-Poeta, nada menos que una imagen... de la iglesia.

Ante estos poemas viejos, evocadores de lejanas edades y de sentimientos poco menos que incomprensibles para nuestra mentalidad, es absurdo llegar con preconceptos. Desde el momento en que no tenemos una explicación basada en una justa comprensión del medio y del ambiente, lo único que debemos pedir al sentido crítico es serenidad y buen juicio. La diferencia entre el medio de Khayyám y el nuestro es tan grande que mal podemos pretender que su poema tenga interpretación adecuada a nuestro sen-

tir. Khayyám canta el vino, la embriaguez, el placer profundo de sumergirse en la inconsciencia de una nada momentánea y pasajera en la que se puede blasfemar del Alfarero.

Nuestro espíritu crítico no debe ir más allá de lo que es razonable, tratándose de épocas cuya mentalidad no comprendemos, porque al dar a las frases del viejo poeta una interpretación de acuerdo con nuestra mentalidad de hoy, quizá no hacemos otra cosa que atentar contra la esencia misma del poema.

La idea que de estos poemas antiguos podemos formarnos, quizá la única razonable y lógica, tal vez no consista en otra cosa que en esa misma inconsciencia aparente, en esa exaltación de cualidades poco profundas, pues otra cosa equivaldría a querer que nueve siglos atrás tuvieran ya de la vida y del mundo ideas no sólo parecidas a las de ahora, sino bien disfrazadas, lo que ya equivale a reconocerlas también un gran adelanto, bajo el velo de los símbolos.

Leyendo las estrofas de Khayyám, sin hacer caso de interpretaciones, yo he sentido mi espíritu oreado por aires nuevos, nuevos de tan viejos como son. Y en esas incitaciones a la embriaguez, en esos cánticos al vino, en esas blasfemias de empedernido bebedor que en el bullicio de la taberna imagina comparaciones entre el hombre y el vaso y se desata en fáciles imágenes contra el Alfarero, no he visto ninguna de esas cosas graves y profundas que imaginan los intérpretes, sino el reflejo de una idea religiosa primaria, sin complicaciones que no pueden estar en ella sino en el espíritu de quien la interpreta.

Y por esto, de todas las traducciones de Khayyám la que más hondamente ha llegado a mi alma es precisamente una que Muzio Sáenz Peña no cita en su bibliografía: la modestísima publicada por la biblioteca de *L'Avenç*, en Barcelona, en idioma catalán. Esa traducción en verso, en *estancias* que imitan las del poema persa, traduce más bien el espíritu que la letra y es por ello la más eficaz en el sentido de dar a entender la obra magnífica del divino y lejano poeta.

Pero, nos hemos apartado del objeto de estas líneas, que era el de celebrar la aparición de la primera traducción al castellano de Omar-al-Khayyám, hecha por un joven orientalista en forma digna de todo aplauso. En realidad es esta la primera traducción ofrecida a los lectores de nuestro idioma y por ella cabe felicitar a Carlos Muzio Sáenz Peña, que ha demostrado gran-

des conocimientos de la vieja alma persa y un dominio singular del castellano.

Por su empeño en verter sobre el páramo de la lírica americana la roja creciente de los *Rubáiyát*, merece el orientalista argentino nuestro más sincero aplauso.

**Constanza**, poema compuesto por Eugenio de Castro. — Prólogo de Miguel de Unamuno. — Versión castellana de F. Maldonado. — Madrid, 1913.

Don Miguel de Unamuno, al terminar el prólogo puesto a esa traducción que uno de sus discípulos ha hecho del admirable poema del genial lírico portugués, muestra el deseo de que el autor renuncie en adelante a traducir de tal lengua, deseo éste que suscribimos, aunque por razones diversas de las manifestadas por don Miguel.

Indiscutiblemente, las obras portuguesas no deben ser traducidas al castellano. Idioma hermano del nuestro, fácil de entender, debe ser cultivado por nosotros con verdadero amor y simpatía. Aguardar a que las obras se traduzcan es retardar un hondo placer y confesar la propia impotencia. A todos los de habla española debiera ser familiar el portugués para poder leer una de las literaturas más ricas y originales de la raza latina.

Traducir es siempre incurrir en un delito, máxime cuando se trata de obras poéticas, porque nunca se puede alcanzar toda la emoción que es la base de lo poético, ya porque no se acierte a dar en otro idioma toda exactitud a los giros, ya porque todo lenguaje tenga un espíritu que hace imposible obtener los mismos efectos.

La traducción del hermosísimo poema de Eugenio de Castro, cualquiera que sea la profundidad de los conocimientos de ambas lenguas que tenga el señor Maldonado, — de quien sabemos por el prologuista que ha cursado la asignatura de "Filología comparada del latín y el castellano", — queda muy atrás de la belleza original. Eugenio de Castro es uno de los poetas más sutiles y delicados de la poesía portuguesa. A la serenidad propia de todos los líricos, une toda la delicadeza sentimental propia del alma de su tierra. Y de su contacto con los simbolistas franceses ha conservado la impecabilidad, perfección suprema, que a veces

depende de una *nuance* sólo posible en el idioma en que el poema ha sido pensado.

Y esa traducción, hecha por quien conoce a fondo los dos idiomas, adolece del grave defecto de no ser hecha por un poeta, sobre todo por un poeta capaz de compenetrarse del lirismo sereno y manso del autor de *O anel de Polychrates*. Toda la suavidad gentil de Eugenio de Castro desaparece en la dureza de versos elaborados uno a uno, en lentitud de traductor que no conoce el impulso maravilloso de la inspiración. El señor Maldonado ha diluído la belleza de los admirables versos portugueses en la dureza de una forma poco adecuada para lo lírico.

Citar todos los defectos de esa traducción equivaldría a reeditarla por entero. Nos limitaremos a señalar algunos, sorprendidos al azar, abriendo el libro por cualquier parte.

¿Puede darse como de Eugenio de Castro este duro verso que parece labrado a golpes de hacha: *Cual harta boa natura desfallece?* Allí donde el poeta ha escrito:

*D'esse moreno pálido que lembra*

el traductor, indeciso ante la última palabra, ha utilizado sus conocimientos filológicos y ha recordado el viejo verbo castellano *membrar*, y en vez de la palabra *recuerda* (sobraba una sílaba) ha traducido el verso en forma siguiente:

*De ese moreno pálido que miembra,*

que puede ser filológicamente exacto, pero que es poéticamente detestable. Así también, por exigencias del idioma castellano, de palabras más largas que el portugués, traduce *cravo* (clavel) en *clavo*, dice *espir'to* por espíritu, *lazzrados* por lacerados y otras licencias que se justificarían si todo ello en vez de ser una facilidad fuese un elemento de belleza.

Debemos celebrar que haya quien intente hacer llegar a los lectores de nuestro idioma las bellas producciones de la literatura portuguesa, tan rica, tan abundante en lirismo; pero, a condición de que no se las eche a perder por medio de traducciones vacilantes. Un buen prólogo, un comentario, una apreciación, breves notas sobre el autor y su medio y ello bastaría, dejando la obra en el idioma original, sacudiendo nuestra ingénita pereza por las

producciones extranjeras. Ese es el verdadero camino si se quiere que se *conozcan* obras tan bellas como las que llenan la literatura portuguesa.

Y en cuanto al traductor de *Constanza* hemos de esperar que, atendiendo al ruego de su maestro y amigo, no volverá a hacerlo.

JUAN MAS Y PÍ.



## LAS REFLEXIONES DEL SEÑOR ZONZA BRIANO

Cuando Edmundo de Amicis visitó nuestro país, sintetizó en esta justa frase su impresión sobre nuestro carácter: "superbi come il loro fiume, variabili como il loro tempo". Si el delicioso escritor, poco dado a la filosofía, quizás porque no quiso agravar la tristeza que llevaba en su alma dulce, hubiese profundizado y extendido el análisis, nos habría dado un grave disgusto. Somos soberbios porque ignoramos mucho — ya que por una natural disposición del espíritu, nuestro orgullo disminuye a medida que nuestra sabiduría crece;—somos variables porque pensamos poco, porque poco dados a analizar nuestros sentimientos, nada profundizamos y vivimos al azar de nuestras impresiones. Nuestra natural inconstancia nos aleja de todo principio estable. Recién llegados a la vida del espíritu sometemos las conquistas de las viejas civilizaciones a igual destino que nuestras impresiones que nacen y mueren en un mismo instante. Nuevos en el arte nos rebelamos contra los viejos principios, inmutables en aquel campo más que en ningún otro. La pobreza de nuestros conocimientos nos hace creer que podemos descubrir algo nuevo y con todo aquello que los sanos espíritus rechazaron por contrario a la buena razón, edificamos teorías abstrusas para considerarlas en seguida como la misma verdad. Nos levantamos contra los grandes maestros con la insolencia de quien ignora la real grandeza del enemigo. Nada de principios, nada de viejas teorías, queremos dejarnos llevar por el solo impulso de nuestra naturaleza, queremos pensar libremente y entonces pensamos distinto a los demás.

Pero pensar libremente no consiste tan sólo en oponerse a la corriente general sin consultar su valor; pensar libremente es sobreponerse a los prejuicios y a las influencias de una época para seguir los dictados de la sana razón. Es así como en arte y en todas las actividades del espíritu las grandes inteligencias han desarrollado sus ideales dentro de los mismos principios.

La vida del espíritu nos consuela de lo deleznable de las grandezas humanas. El pensamiento nos ofrece la alentadora ilusión de que prolongaremos nuestra vida en la memoria de los hombres. Nuestra sabiduría consistirá, pues, en abandonar las pequeñas pasiones que agitan nuestra vida diaria para formular ideales que respondan a las aspiraciones supremas del hombre. El arte ha de sintetizar, por la forma, por los sonidos, por las palabras, una concepción ideal de las cosas y sus principios no podrán sufrir el caprichoso destino de nuestras pasiones.

El arte es por destinación lo contrario de la vida. Los grandes artistas fueron seres excepcionales tan ajenos a su época como comunes a la humanidad. De no ser así mal podríamos representarnos la obra de un Rafael, de un Leonardo, de un Miguel Angel, de un Bramante, de un Donatello, en una época de latrocinio, de bajas pasiones como el Renacimiento Italiano, en que el crimen era una función natural. "El arte es exactamente lo contrario de la vida, es la inmortalidad, el blasonamiento estético de una concepción, algo que participa de la heráldica y de la iconostasia". (1)

La vida en sus manifestaciones orgánicas es brutal y sin grandeza y el hombre está por sobre los animales por su facultad de pensar. La vida del espíritu se traduce en el hombre por una gran quietud física y "cuando el alma contempla, ha dicho Leonardo, se coloca fuera de los sentidos".

El arte que representa al hombre instrumento de bajas pasiones, retorcido por deseos brutales, está muy cerca de haber perdido su significación. Miguel Angel, el más dramático de todos los grandes maestros, enalteció hasta sus esclavos del Louvre y donde pudo mostrarnos al hombre bestializado, nos lo representó agobiado por el peso de su propio destino.

Los movimientos de un alma común, aquellos que la vida puede ofrecernos, nada tienen que hacer en el verdadero arte. Nadie aspira a saber lo que pensaba un habitante de Egina, pero a la humanidad entera importa conocer las ideas de Platón. Y en las artes plásticas las luminosidades del espíritu se traducirán por la belleza y la armonía infinita de las formas. Los movimientos brutales son propios de un alma pequeña que mal podrá representar una aspiración general del hombre.

---

(1) PELADAN, *Rapport au public sur les Beaux Arts*.

En arte es de una indestructible verdad aquel aforismo de Leonardo que dice que “el alma hace al cuerpo como el orfebre trabaja el metal, de adentro para afuera”. Un alma grande debe vivir para el artista dentro de un cuerpo hermoso. Y el gesto debe corresponder en su amplitud y en su armonía a la fuerza y a la nobleza de los pensamientos.

El “Penseroso” de Miguel Angel nos conduce hacia una infinita grandeza de ideales y su actitud lo muestra capaz del mejoramiento de la especie humana. El “Pensador” de Rodín no nos conmueve más de lo que nos conmovería un trivial conflicto de familia y ese hombre vulgar abstraído por un contratiempo de la vida diaria, no nos haría volver la cabeza si le encontráramos en nuestro camino. Como lo ha dicho un crítico, al primero le bautizó así la admiración de los hombres, al otro el autor.

Si nuestra época es bestial, si el hombre vive a merced de los sentidos, el rol del artista está más que nunca en mostrarnos un mundo de formas superiores que distraigan nuestra mente de las fatigas y de las dudas de una vida sin idealidad, que nos desalienta porque no descubrimos su razón de ser.

Las estatuas griegas nos elevan a una dulce serenidad porque representan para nuestro espíritu la solución de un eterno conflicto. El hombre desprovisto de pasiones y de temores, librado a las dulces claridades de la inteligencia, enaltecido por un genio a la altura de un semidiós, punto de unión entre lo transitorio y lo eterno.

Y cuando el arte se dramatiza como en Miguel Angel, la grandiosidad del conflicto nos muestra lo inevitable del destino humano y ante el mal ineludible nuestro espíritu se eleva en una contemplación resignada.

Si las ciudades fueran invadidas por falsos “Pensadores”, por “Pensamiento Helénico”, por “Creced y Multiplícaos”, tendríamos que irnos a vivir a otro planeta cuando buscáramos un poco de paz para nuestro espíritu. Si a la lucha incesante de la vida moderna, se agregan los fantasmas de todas nuestras miserias, las ciudades se convertirán en un inmenso *Open door*.

Pero he aquí que hemos hablado del “Pensamiento Helénico”, de “Creced y Multiplícaos”, sin decir la causa de nuestro enojo. Como suponemos al lector penetrado de nuestros *conflictos* estéticos nos bastará citar las “Reflexiones” publicadas por el señor Zonza Briano sobre su propio arte en *La Nación*, para aclarar muchos conceptos.

Algunas de esas reflexiones sintetizan el espíritu del arte de su autor y decimos algunas porque otras le contradicen. Por ejemplo, aquella de que "el observador debe siempre huir delante de una obra cuando no va directamente al alma". Que el lector haga un poco de memoria y fácilmente comprobará que el arte del señor Zonza Briano va directamente a los sentidos y no al alma. El arte del señor Zonza Briano debe más al cerebro que al corazón y más que los acentos de su alma nos ha mostrado las tribulaciones de su espíritu. El "Pensamiento Helénico" y "Así hablaba Zaratustra", son dos pruebas indestructibles de lo que afirmamos. Los trágicos griegos estaban muy lejos de tener el espíritu de Shakespeare. Los unos y el otro trataron los mismos conflictos con la esencial diferencia que, para los primeros es la voluntad inevitable de los dioses que rige los destinos y para el segundo la truhanería insaciable del hombre. Nuestro artista ha olvidado o desconoce el abismo que separa el espíritu pagano del espíritu cristiano, que lo que el uno glorifica el otro lo anatematiza y nos ha mostrado a los trágicos griegos movidos por los vanos temores que la idea cristiana ha hecho germinar en el espíritu del hombre.

Los griegos hicieron sus dioses según su imagen y los hicieron de una absoluta serenidad porque el hombre creía entonces en lo inevitable de su propio destino. El conflicto de pasiones que el señor Zonza Briano nos muestra es el resultado de una cerebración del autor más que de una clara comprensión del genio helénico.

En "Así hablaba Zaratustra", el señor Zonza Briano cae en igual error. Nietzsche identificado desde su juventud con el pensamiento griego, llegado en el ocaso de su trágica vida a una absoluta sabiduría escribió su *Así hablaba Zaratustra*, para sintetizar su concepción del mundo y de la vida. Sus conceptos de una serenidad luminosa contradicen la violenta mueca con que ha querido sintetizarlos el señor Zonza Briano. (1)

---

(1) "La obra maestra de Nietzsche, por la fuerza y la belleza lírica con que traduce el sentimiento que tenía de la vida, es un poema en prosa. *Así hablaba Zaratustra*, no encierra, ni teorías históricas, ni sistemas abstractos; en él todo procede del sentimiento y casi todo se dirige al sentimiento. Lo compuso en la soledad, en medio de las montañas, al borde del mar, en los países del mediodía... Como Rousseau, como Chateaubriand, como Hugo, como Shelley, como Byron, solo, en presencia de la naturaleza,

Poco importaría que el señor Zonza Briano se equivocara en sus conceptos si su obra estuviera impregnada de una gran idealidad y destinada a producirnos una fuerte emoción estética; pero su arte reduce a un común conflicto de pasiones los más altos momentos del espíritu humano. Por otra parte sus citadas "Reflexiones" aclaran toda duda y su amor por el "vientre humano", donde él ve "una grande melodía", donde "todo es suave", en cuyas "ondulaciones hay signos de vida, de muerte, de ternura y de amor", muestran su espíritu *terre à terre*.

Libresenos de las suavidades del vientre, de sus signos de ternura y de amor. El mundo de las formas ideales, el único que debe interesar al artista, está lejos de esta tierra y para llegar a él necesitamos abandonarnos a los impulsos de nuestra alma y no someternos a las agitaciones de nuestro cerebro.

Obras como el "Pensamiento Helénico", como "Así hablaba Zaratustra" y la ignominia bautizada "Creced y Multiplicaos", representan un enorme peso para la conciencia de un artista, más cuando ese artista revela una gran capacidad expresiva.

Necesario es que alguien diga a este artista que "la libertad de pensamiento y de acción supone una mentalidad sana y una voluntad de orden y de moderación". Y que:

"Se transforma en anarquía en aquellos que no la merecen, es decir, que ignoran que se compone de deberes y que lejos de emancipar obliga y somete."

Necesario es que alguien diga a este artista que la actividad creadora sólo puede desenvolverse sobre la base de una amplia cultura, tan indispensable como una técnica perfecta. Si las obras pasadas nos disgustan, una sola fuente de gran cultura existe para el artista y es la naturaleza, nunca la vida. "La belleza está oculta en la naturaleza como el alma está oculta en el cuerpo", ha dicho Leonardo, mientras que la vida está hecha de pequeños conflictos y de estrechas vicisitudes.

La naturaleza alimenta nuestra idea de belleza, de armonía, de grandeza y de amor y un arte superior debe aspirar a sintetizar

---

después de haber abandonado a su país y a sus amigos, se halló a sí mismo y alcanzó la más alta exaltación poética.

En todas partes se siente en su libro al músico y al poeta lírico; cada trozo como un trozo lírico o musical, como una oda o una elegía, como un andante o un allegro difiere por el matiz de la emoción que traduce y que sugiere..." — R. BERTHELOT: "Friedrich Nietzsche" en *Evolutionisme et Platonisme*.

lo que en ella hay de bello, de armonioso, de grande y de profundo.

El arte nació del amor y las pasiones que agitan nuestra vida contrarían su significación. El primer dibujo marcó sobre un muro la sombra de un amante que partía. Desde entonces el lenguaje de las formas sintetizó para el hombre sus aspiraciones más caras.

El señor Zonza Briano, con una curiosa conciencia artística se complace por el contrario en mostrarnos una gesticulación ignoble. a "cráneos atormentados" donde se desencadenan "terribles tempestades", sensaciones de perfume y sufrimientos morbosos.

Si su alma no se ha impresionado con tranquilas visiones, su cerebro en cambio ha podido llenarse de imágenes confusas, y esta circunstancia le hace sublevar contra "los pintores y escultores que desde hace más de veinte siglos se han detenido siempre en la copia del modelo vivo y han producido obras bajo la mecánica matemática de las proporciones (sic) buscando salvación como naufragos en los determinados cánones anatómicos". (1)

Ante tales despropósitos no podemos resistirnos a reproducir aquí otras reflexiones, sensatas éstas y más útiles por lo tanto para la educación estética de nuestros jóvenes artistas:

"Perdonamos a los Flamencos su fealdad en razón de su ingenuidad radiosa y a los italianos del Renacimiento su vanidad moral en razón de su plasticidad sublime."

"Quitad el alma a los unos y la forma a los otros y estaréis a punto de definir el arte contemporáneo."

"No es bueno, ni bello. ¿Qué es? Un tanteo lamentable en conquista de la novedad. ¡Vamos! un torso bien modelado, una cabeza significativa (no expresiva, entiéndase bien) un paisaje tan interesante como una decoración de teatro, sería algo nuevo."

"¿Qué farsante ha podido decir, qué lelo ha podido creer que la esencia del arte cambiaba, porque se adoptaba una tonalidad más clara, que las leyes seculares quedaban abolidas al mismo tiempo que el empleo del bitum?" (2)

La diferencia de estilo y de técnica corresponde en los grandes maestros a una diferencia de temperamento, no a una caprichosa modificación de los principios.

---

(1) Esto explicará al lector por qué algunas obras del señor Zonza Briano interesan más a la teratología que a la estética.

(2) PELADAN: op. cit.

Si se admite el lenguaje de las formas debe aceptarse también su gramática, es decir, los principios fundamentales que rigen la formación de ese lenguaje.

¿Por qué curiosa disposición de espíritu moderno en el mundo del arte existe un tan marcado menosprecio por las humanidades estéticas, cuando en el mundo de las letras las viejas humanidades son motivo de tanta veneración? ¿Debemos atribuirlo a una mayor cultura en los escritores que en los artistas, a una comprensión mayor de la grandeza de tales principios? ¿Será porque "la humildad rara entre los sabios lo es más entre los..."

Pero otras reflexiones del señor Zonza Briano nos llaman. Su espíritu entraña un peligro para la educación de los jóvenes artistas.

"Oh! qué gran error, dice, creer que el modelo puede sentir lo que el artista siente! Apartaos de esa máquina inanimada que nada dice."

Ningún artista digno de tal nombre ha podido pensar que el modelo le hiciera sentir nada. El modelo ayudará nuestra memoria de las formas, dará a nuestras visiones acentos de realidad y esta razón hace preciosa su ayuda, pues nuestra memoria no puede abarcar todos los efectos de la naturaleza. Aquí cabe decir que siendo el arte del señor Zonza Briano un arte cerebral que se alimenta de imágenes más que de formas el modelo tiene que molestarle antes que ayudarle.

Más adelante, nuestro artista dice: "Si nos detenemos a observar un rostro, lo que nos impresiona es la expresión y no los detalles, y al quererlos copiar detalladamente, la expresión huye". Pero ha olvidado agregar que esta observación tendrá valor para nuestros esbozos, no para nuestras obras, que la fuerza expresiva está precisamente en los detalles y que de la sabia unión de esos detalles nace también la armonía y la gracia.

La falta de estudios, el conocimiento deficiente que tiene el artista moderno de la naturaleza humana, le hace preferir las impresiones a los trabajos acabados. La "Gioconda", para citar una obra del genio más científico y más idealista a la vez que haya existido en arte, recién terminada dió a sus contemporáneos, según afirma Vacari, <sup>(1)</sup> la impresión de un ser viviente tal era la

(1) Gli occhi avevano que'lustri e quelle acquitrine, che di continuo si veggono nel vivo, ed intorno ad essi erano tutti quei rossigni lividi e i peli, que non senza grandissima sottigliezza si possono fare; le ciglia, per

precisión absoluta de los detalles, lo que no impedía que estuviera animada por un encanto y un misterio infinitos. Y que la "Gioconda" a pesar de haber perdido mucho de su fuerza sea la cabeza más significativa que existe hoy en los museos.

Las dificultades existen únicamente para aquellos que no se han tomado el trabajo de revolverlas o no se sienten capaces de resolverlas — y a decir verdad no creo que sea este último el caso del señor Zonza Briano. Es oportuno hacer notar aquí que el realismo de un Vinci, que todo realismo en arte, no es más que el poder técnico de dar una gran apariencia de realidad al ideal que el artista sueña, lo que es muy distinto a presentar la cruda realidad como un ideal estético.

Toda gran obra de arte nos ofrece la apariencia de una visión que ha ido directamente al alma del artista y que su cerebro ha ordenado para hacerla accesible a todos.

El señor Zonza Briano parece decir que sus impresiones pasan del cerebro al alma, lo que nos hace creer que su alma concluye por sentir lo que su cerebro concibe. Sus obras, por otra parte, confirman como ha podido verse esta teoría.

"Los sentidos sirven al alma y no el alma a los sentidos y cuando falta el sentido funcional del alma falta al alma en esta vida la función total de ese sentido como pasa en los sordos y mudos de nacimiento."

No es éste el lugar para tales discusiones, ni pretendemos resolver lo insoluble, pero se nos ocurre que el artista que sienta la segunda teoría es capaz de más altas realizaciones que el que afirma que nuestras impresiones van al cerebro. Pero bástenos decir para disipar toda duda que quien dijo que los sentidos sirven al alma y no el alma a los sentidos fué Leonardo da Vinci.

El resto de las reflexiones del señor Zonza Briano son variaciones sobre el mismo tema, es decir, el arte de las pasiones, de las bajas pasiones, podría agregarse. En todo el conjunto hay algo de confuso, de poco accesible, algo que fatiga y atormenta nuestra

---

aversi fatto il modo del nascere i peli nella carne. dove piú folti e dove piú rari, e girare secondo i pori della carne, non potevano essere piú naturali; il naso, con tutte quelle belle aperture rossette e tenere, si vedeva essere vivo; la bocca, con quella sua sfenditura, con le sue fini uniti dal rosso della bocca, con l'incarnazione del viso, che non colori, ma carne pareva veramente; nella fontanella della gola, qui intensissimamente la guardava, vedeva lattere i polsi. — *Vite dei piú eccellenti pittori, etc.* — *Vita di Leonardo da Vinci.*

visión antes que aclararla. Al discutir las hemos tenido en cuenta principalmente que ellas reflejan el espíritu del arte de su autor y que el señor Zonza Briano goza entre nosotros de suficiente prestigio como para imponer sus errores. En una ciudad donde el arte está por formarse, no era inútil advertir que la inspiración y la facultad creadora no están reñidas, muy por el contrario, con el buen sentido.

RINALDO RINALDINI.

---

## SONETOS

Odio.

*Odi profanum vulgus, et arceo.*

HORACIO.

### I

Odio al vulgo profano y vocinglero  
Que por doquiera su estulticia muestra  
Y, sacrílego, invade la palestra  
Do entrar tan sólo debe el hombre austero ;

Al vulgo insoportable y altanero  
Que su espíritu en todo instante adiestra  
En rebajar, con intención siniestra,  
Los méritos del sabio y del obrero ;

Al que arroja a la sima al hombre honrado  
Que no aplaude su pérfida artería,  
Y ensalza hasta las cumbres al malvado ;

Al que al genio desprecia y desafía,  
Mientras paga con oro al que embaucado  
Lo retiene con misera falsía.

### II

Odio al hombre que vive en la opulencia  
Y, orgulloso, no tiene una mirada  
Jamás de compasión para el que honrada  
Entre miserias pasa su existencia ;

Y que sólo socorre a la indigencia,  
Cuando su acción hipócrita notada  
Ha de ser por el mundo, y comentada  
Cual prueba de su real munificencia.

Al que vive continuo despreciando  
Lo que el áureo metal no le acredita  
Y aportarle no puede un beneficio ;

Y a las altas virtudes desafiando,  
Con oro paga al que en inmundo vicio  
De lujuria su cuerpo precipita.

## III

Al que tiene la bolsa llena de oro  
Y el cerebro de telas, y porfia  
En ultrajar la augusta poesía  
Tejiendo versos faltos de decoro,

Que de los necios el horrible coro  
Aplaude, y de los pillos la jauría  
Que unas monedas recibir ansía  
Por su fútil aplauso y vil desdoro.

Y al que, hipócrita, paga con largueza  
Los versos que famélico le vende  
Un mísero poeta de buhardilla ;

Y luego pontifica con torpeza,  
Y al que es poeta de verdad reprende,  
Y al necio adula de su ruín pandilla.

## IV

Odio al hombre que vive de apariencia,  
Y, estúpido, la senda de la vida  
Cruza llevando su alma sumergida  
En el brumoso mar de la inconsciencia ;

Al que finge el secreto de la ciencia  
Dominar, por tener bien aprendida  
De juicios una serie mal tejida,  
Que decora doquier con insolencia;

Al que medrando vive de tal suerte  
Y hace mofa de aquél que el tiempo gasta  
En estudiar, consciente, noche y día;

Y al que la vida, necio, se malgasta,  
En aplaudir al pérfido que vierte  
En su cerebro su procaz falsía.

### Albergue anhelado.

Lejos del ruido mundanal y vano  
Quiero albergue encontrar a mi existencia,  
Donde jamás perturbe mi conciencia  
Del hombre imbécil el pensar profano;

Donde no sufra de ningún tirano  
La amarga imposición y la violencia,  
Ni la insultante y hórrida presencia  
Del pillo, del audaz y del villano;

Que allí tranquilo pasaré la vida  
Entregado a mis libros, y en el huerto  
Cultivaré sonriendo bellas flores,

Y esperaré del porvenir incierto  
Las horas, y el instante de partida,  
Con el ánimo exenta de temores.

LUIS MARÍA DÍAZ.

# SIRIPO

## POEMA HEROICO EN TRES ACTOS

(INSPIRADO EN EL ÚNICO FRAGMENTO QUE SE CONSERVA DE LA TRAGEDIA DEL MISMO TÍTULO DE DON MANUEL J. LABARDEN).

POR

LUIS BAYÓN HERRERA

---

### ACTO SEGUNDO

*En la toldería de los indios timbúes. Diseminados por la escena varios ranchos contruidos con tierra y troncos de árboles sin descortezar. Al fondo un bosque muy frondoso.*

*Al levantarse el telón estará amaneciendo. La escena completamente sola durante los primeros instantes. Desde que se levanta el telón se oirán los sollozos de Lucía Miranda que en seguida saldrá a escena caminando lentamente y tras ella con la cabeza caída sobre el pecho Diego de Miranda. Al llegar Lucía al centro del escenario — habrá salido por la derecha — aparecerá, por la izquierda, presuroso, Cayumari. Lucía, al verlo, contiene sus sollozos escuchándole con angustiosa curiosidad.*

LUCÍA. — (Interrogante)

¿Cayumari!

CAYUMARI

Cristiana, cumpliendo  
tu deseo llegué hasta el lugar  
donde alzasteis el fuerte que agora  
convertido en cenizas está.  
Reina en todo aquel sitio un silencio

---

Véase el número anterior.

de muerte, tan hondo, que me hizo temblar.  
 Recorrí todo el campo y la selva  
 sin poder ni una huella encontrar  
 de cristianos vivientes. Tan sólo,  
 cubiertos de sangre, los muertos están.  
 Grité el nombre de Hurtado en la sombra,  
 y el eco conmigo se puso a gritar;  
 ¡pero nadie acudió a nuestras voces!

LUCÍA. — (*Caee al suelo, ahogada por los sollozos, deshecha en llanto*)  
 ¡Ha muerto mi Hurtado!

MIRANDA. — (*Implorando*)  
 ¡Lucía!

LUCÍA. — (*De rodillas, en alto las manos, en dolorosa súplica*)  
 ¡Piedad!

¿Cuál mi delito fué? ¿Cuál mi pecado  
 que así mi Dios airado  
 sin piedad me castiga?  
 ¿Qué fué lo que hice yo, que no consigo  
 explicarme la causa de un castigo  
 que a sufrir tan cruelmente se me obliga?

MIRANDA. — (*Alzándola del suelo*)  
 ¡Señor! ¡Señor! ¡Lucía!

LUCÍA. — (*Abrazándose a él*)  
 ¡Padre mío!

MIRANDA. — (*Conteniendo sus sollozos*)  
 ¡Con tu dolor aumentas más el mío!  
 Y ya es mi angustia tanta  
 que, olvidando quien soy, en mi quebranto,  
 a punto estoy de deshacerme en llanto,  
 que ya tengo el sollozo en la garganta.

(*Sin poder contenerse, da rienda suelta a su dolor*).

Jamás lloró un varón de mi linaje;  
 pero jamás se le hizo tal ultraje  
 a un soldado de estirpe castellana!

LUCÍA

¿Pues quién imaginó que yo pudiese  
merecer tal castigo? ¿Ni que fuese  
cautiva del infiel una cristiana?

SIRIPO. — (*Aparece sigilosamente y llegando sin ser visto hasta los  
cristianos pone suavemente una mano sobre el hombro de Lucía*)

¡Cristiana!

LUCÍA. — (*Al verlo se abraza a su padre*)

¡Padre!

(*Diego de Miranda aleja a Lucía de Siripo*).

SIRIPO. — (*Con ira*)

¿Por qué la alejas  
de mí, cautivo? ¿Por qué no dejas  
que a mí se acerque? ¡Si es mi cautiva!

MIRANDA. — (*Resuelto*)

Antes, cacique, me harás pedazos,  
que de otro modo, de entre mis brazos  
nadie la arranca mientras yo viva!

SIRIPO. — (*A Cayumari, secamente*)

¡Mi lanza!

LUCÍA. — (*En un grito*)

¡Padre!

(*Echándose a los pies del cacique*).

¡No! ¡de rodillas  
yo te lo pido!

MIRANDA

¿Porqué te humillas?  
¡Cómo una sangre de mi linaje  
rinde a un villano tal homenaje?  
La muerte ansío, que es más honrosa  
para un soldado, que esta oprobiosa  
vida, sufriendo tal vasallaje!

SIRIPO. — (*Cayumari, que aun no habrá ido a buscar la lanza, parte en este momento obedeciendo a un gesto imperioso del cacique. Este luego se encara con Diego de Miranda*).

¿Por qué, cristiano, por qué motivo  
desprecias tanto ser mi cautivo?  
¿Pues los timbúes no son tan bravos  
como vosotros? Pues sí, lo son,  
que los quisisteis hacer esclavos  
y os derrotaron!

MIRANDA

¡Pero a traición!

SIRIPO

¡También en eso fuimos iguales!  
¡Dime tú cuándo fueron leales  
vuestras promesas de lealtad!  
Bien claros eran vuestros empeños:  
¡sólo queríais ser nuestros dueños,  
que era fingida vuestra amistad!

(*Cayumari aparece con la lanza de Siripo y permanece sin entregársela hasta que éste se la pida*).

¿Qué nos distancia de los cristianos?  
¿No son los indios también humanos?  
¿No os quema el fuego como a nosotros?  
¿Veis en la sombra? No es vuestra sangre  
como la nuestra? ¿Y acaso el hambre  
no os duele adentro como a nosotros?  
Pues dime, entonces, ¿por qué motivo  
desprecias tanto ser mi cautivo  
que así te ofreces a mi venganza?

MIRANDA

¡Mi Dios, cacique! Nada hay que tuerza  
lo que dispone mi Dios, y es fuerza  
morir si El manda morir!

SIRIPO. — (*Enérgico a Cayumari que obedecerá*)

¡Mi lanza!

LUCÍA. — (*Desesperada se abalanza al brazo de Siripo*)

¡Oh, no, cacique! Si no le hieres  
te amaré tanto como tú quieres.

MIRANDA. — (*En un grito de recriminación*)

¡Hija!

SIRIPO. — (*Deja caer la lanza y con júbilo y asombro*)

¡Cristiana! ¿Ves?; ¡mi fiereza,  
ya desarmada, todo lo olvida!

(*Pausa, la contempla como en éxtasis y luego a Miranda*).

No te ha salvado tu Dios la vida,  
que ella te salva con su belleza!

(*Diego de Miranda — en dolorosa desesperación — ahogando los sollozos hace mutis lento. Cayumari desaparecerá, con la lanza que habrá dejado caer Siripo, por el lado opuesto del castellano*).

(*El cacique toma con unción una mano de la cristiana y la lleva hasta el pecho oprimiéndosela*).

SIRIPO

¡Cristiana! ¡Blanca mujer que adoro  
más que al sol! Pide mujer — tesoro  
de un mundo extraño que no concibo —  
pide al cacique, que es tu cautivo,  
lo que más quieras. ¿Esclavos? ¿Oro?  
¿Sangre? ¿Victorias? O si prefieres  
un sacrificio ¿qué vida quieres  
que en tu homenaje te sacrifique?  
Pide, cristiana, dile al cacique  
lo que prefieres.  
¡Mírame esclavo de tu belleza!  
Nadie fué nunca mi vencedor,  
que nadie pudo de mi fiereza  
domar el ímpetu, que tal proeza  
sólo podía intentarla tu amor!  
¿Qué hay en ti? ¿Acaso tu Dios te envía  
para mi gloria? ¿Para mi mal?  
Te traje esclava a mi toltería  
y hoy te hago reina!... Serás mi guía

de luz... ¿o acaso mi sombra fatal?  
 Mi suerte acaso en tu mano esté;  
 tal vez tú seas mi perdición:  
 que tu blancura de luna fué  
 para mi hermano Marangoré  
 cual negra nube de maldición!  
 Mas si en la noche de la matanza  
 de los cristianos, no hubiera muerto  
 mi hermano, agora, por tí, mi lanza  
 de un bote el pecho le hubiera abierto!  
 ¡Te ansio tanto, mujer! Se inflama  
 mi sangre, al verte, de tal manera,  
 que cual si fuego mi sangre fuera  
 se enciende y arde como una llama  
 y siento dentro de mí una hoguera!  
 ¡Ven a mis brazos, mujer! Tu hiriente  
 mirada negra pon en mis ojos...  
 y agora dame tus labios rojos  
 como dos flores de ceibo!

*(El cacique toma en sus brazos a Lucía al empezar esta estrofa. La cristiana — abandonada a su dolor — obedece maquinalmente los deseos del cacique. En el momento que va a besarla, Yara, que habrá escuchado las últimas palabras de Siripo, dice: (Yara traerá en la mano un arco y una flecha).*

YARA. — *(En un grito)*

¡Tente,

Siripo!

*(Lucía al oír el grito de la india se desprende bruscamente de los brazos del cacique. Este se vuelve ferozmente contra Yara que le hará frente con altivez).*

SIRIPO. — *(Yendo hacia la india)*

¡Qué!

*(Lucía aprovecha ese instante para huir. Siripo lo advierte y va tras ella).*

¡Cristiana!

YARA. — *(Cortándole el paso al cacique, apuntándole con el arco armado de la flecha)*

Si das un solo paso  
 tras ella, la maldita mujer de mala raza,

con esta flecha, agora, las carnes te traspaso!  
 ¡Detente, si no quieres que cumpla mi amenaza!

SIRIPO. — *(Con asombro e indignación)*

¿Cómo a tanto te atreves contra mí, y en acecho mis acciones espías como las de un traidor?

YARA

¿Cómo tan fácilmente pudo rendir tu pecho la cautiva, cacique? ¿No era mío tu amor?  
 ¿No juramos amarnos ante el Sol; y en tu lecho no te ofrendé, cacique, mi juventud en flor?  
 ¿Tan ciego estás, Siripo? ¿Ya todo lo olvidaste?  
 ¿Acaso con la muerte de tu hermano, heredaste el cacicazgo junto con su culpable amor?  
 ¿No sabes que la blanca mujer trajo más penas con su fatal belleza, que todos los cristianos?  
 ¿Que mientras ella viva tendremos las cadenas de su maldita raza muy cerca de las manos?  
 ¿Quieres vernos a todos esclavos?

SIRIPO

¡ Los guerreros  
 timbúes derrotaron a la raza invasora!  
 Donde alzaron el fuerte sólo quedan agora unos cuantos maderos manchados con su sangre, para gloria y señal de nuestro triunfo! Agora ya nada hay que temer.

YARA

¡Agora más que nunca, porque en esa mujer nos trajiste, cacique, la semilla fatal!

SIRIPO

¡No!

YARA

¡Sí! ¡Tú mismo dudas!

SIRIPO. — *(Negando a pesar de que en efecto duda)*

¡No!

YARA

¡Sí! La prisionera debe morir, Siripo!

SIRIPO

¡No!

YARA

¡Teme la amenaza  
que oculta su belleza! Su sangre es extranjera  
y como tal, funesta será para tu raza.  
¡Debe morir!

SIRIPO. — *(Después de una intensa lucha interior, resuelto)*

¡Primero se incendiará la selva!  
¡Se quebrará mi lanza y el sol se hará pedazos!  
Mi muerte sólo puede lograr que yo no vuelva  
a tenerla como antes la tenía, en mis brazos.

YARA. — *(Con ira)*

¿A herirme así te atreves? ¿No temes mi despecho?

SIRIPO

¡Nunca temí!

YARA

¿Y olvidas también tu religión?  
¿Junto a ti la cristiana reposará en mi lecho?...

*(Echándose a llorar de impotencia y de dolor, le tira a los  
pies el arco y la flecha).*

¡Toma el arco y la flecha, clavámela en el pecho  
que otra mucho más dura llevo en el corazón!

*(En este instante llegará hasta la escena un agudo grito de  
dolor, que Lucía dará desde alguna distancia).*

SIRIPO

¿Quién gritó? ¿La cautiva? ¿Quién la hiere?

*(Sale corriendo por la izquierda, alarmado).*

¡Cristiana!

LAMBARÉ. — *(Apareciendo sigilosamente por la derecha, en voz baja)*

¡Yara!

YARA. — *(Interroganao, con júbilo salvaje)*

¿Lambaré?

LAMBARÉ

Ya es nuestra.

¡No volverá a tener entre sus brazos  
el cacique a su blanca prisionera!

YARA

¿Ya murió, Lambaré?

LAMBARÉ

¡No, los timbúes  
están a punto de encender la hoguera  
donde ha de consumirse la cristiana!

YARA. — (*Inquieta*)

¿Pero aún podrá llegar en su defensa?...

LAMBARÉ

¡Toda la tribu se lo impediría!

YARA

Siripo es muy capaz, por defenderla,  
de hacerles frente a todos con su lanza  
y arremeter contra la tribu entera!  
¿Tú sabes cómo la ama? La cautiva  
puede en él más que todo, que por ella  
me ha despreciado a mí, y hasta ha olvidado  
su religión, que ya olvidó, por ella,  
el juramento que ante el sol hicimos  
de amarnos siempre, porque ahora intenta  
que ocupe la cristiana en nuestro lecho  
mi lugar, Lambaré!

LAMBARÉ. — (*Sorprendido, con ira*)

¿A tanto llega  
su amor por la cautiva? ¿Qué pretende?

YARA

¡Hacer de la maldita nuestra dueña!

LAMBARÉ

¡Ningún timbú varón, mujer o niño,  
sufrirá del cacique tal ofensa!

YARA

¡Su lanza es la más fuerte! ¡Contra todos  
Siripo es muy capaz de defenderla!

LAMBARÉ

Su lanza sí; pero ¿su vida, acaso,  
será también más fuerte que la nuestra?  
¡Poco temo su lanza si consigo  
llegarle al corazón con una flecha!

YARA. — (*Fieramente, poniéndose frente al indio*)

¿A mi Siripo? ¡No! ¡Nadie le toque!  
¡Guay del que al dueño de mi amor hiriera!  
¡Con su lanza en mi brazo, al más valiente  
de un solo bote tendería en tierra!

LAMBARÉ

¿Prefieres que te humille su desprecio?

YARA

¡Todo antes que su muerte prefiriera!

LAMBARÉ

¿Y prefieres también ver al cacique  
— esclavo de su misma prisionera —  
prodigando caricias a la blanca?

YARA

¡Por eso quiero que la blanca muera!

LAMBARÉ

Pero si él la defiende contra todos,  
y agora a tiempo llega  
de impedir que la blanca se consuma  
víctima de las llamas de la hoguera...  
¿aun no querrás la muerte del cacique?

YARA

¡Su muerte, no! ¡Su muerte, no! ¡La de ella!  
¡Sólo ella es la culpa, la maldita,  
que lo cegó con su fatal belleza!  
Cuando en sus ojos no haya luz, y el fuego

su blancura convierta  
 en cenizas, y el viento las disperse  
 muy lejos de mi tierra,  
 el indio bravo volverá en mi pecho  
 a reclinar como antes su cabeza!

SIRIPO. — (*La voz lejana*)

¡Cristiana!

(*Entrando corriendo en escena y dirigiéndose a Yara.*)

¿Dónde está?

YARA. — (*Con altivez*)

¿Soy yo su guarda?

SIRIPO. — (*A Lambaré, terriblemente*)

Lambaré, ¿dónde está?

LAMBARÉ

¡La tribu entera  
 ha dispuesto su muerte!

SIRIPO. — (*En un grito salvaje*)

¡Qué! ¡Si ha muerto,  
 toda la tribu morirá con ella!

YARA. — (*En un reproche mezcla de dolor y de ira*)  
 ¡Siripo!...

SIRIPO. — (*A los dos, fieramente*)

¿Dónde está? ¿Dónde la ocultan?

LAMBARÉ

La llevaron a un claro de la selva...

SIRIPO

¿Hacia dónde?

LAMBARÉ

No sé...

YARA. — (*Gozándose en el dolor del cacique*)

Mas cuando llegues,  
 cacique, será tarde, que una hoguera  
 la envolverá en sus llamas...

SIRIPO

¡No!

CAYUMARI. — (*Entra corriendo, jadeante*)

¡Cacique!

¡La cristiana!

YARA. — (*A Cayumari*)

¡Traidor!

SIRIPO

¡Habla!

CAYUMARI

En la selva  
van a entregarla al fuego; pero aun puedes  
llegar en su defensa.

SIRIPO

¿Por dónde?

CAYUMARI

Ven conmigo.

(*El cacique se dispone a seguir a Cayumari*).YARA. — (*Abrazándose a él*)

¡No! Siripo,

si no vuelves a verla  
la olvidarás...

CAYUMARI

¡Señor, llegarás tarde!

SIRIPO. — (*Desprendiéndose de Yara*)

¡Déjame!

YARA

¡No!

(*Siripo sale precipitadamente con Cayumari, derribando por  
tierra a la india*).

¡Siripo!...

LAMBARÉ

¿Y aun deseas  
la vida del cacique? ¡Y aun no quieres  
que le atraviese el corazón mi flecha!

YARA

¡Lambaré!

LAMBARÉ

¡Desgraciada! ¡Bien mereces  
tu dolor!

YARA

¡Lambaré!

LAMBARÉ

¿Qué más esperas  
para odiarle? De nuevo la cristiana  
le volverá a cegar con su belleza.

YARA

¿Pero llegará a tiempo de salvarla?

LAMBARÉ

¿Quién detendrá su lanza si en la hoguera  
la encuentra cuando llegue? ¡Cayumari  
nos traicionó!

YARA

¡Defiende a la extranjera  
por ser grato al cacique!

LAMBARÉ

Cayumari,  
es más cristiano que indio desde que ella  
le vendó las heridas que le hicieron  
los mismos de su raza. Y con las vendas  
rojas de sangre, se ha adornado, agora,  
las lanzas y los arcos y las flechas.  
Siempre hará cuanto pueda por salvarla  
porque él debe su vida a la extranjera!

YARA

¡Pues yo le haré una herida a Cayumari  
donde no pueda nadie poner venda!

*(En este momento llega hasta la escena un vocerío ensordecedor. Yara corre a primer término como huyendo de las voces que le producen una dolorosa impresión; y Lambaré llega hasta el fondo desde donde mirará hacia la derecha).*

LAMBARÉ

¡Mira, Yara, al cacique, a tu indio bravo,  
y a la blanca con él! La tribu entera,  
toda sumisa como un solo esclavo,  
viene tras el cacique y la extranjera.  
¡Ven a verlos! Será mayor tu asombro;  
que para más humillación y ultraje,  
en señal de obediencia y vasallaje,  
trae a la blanca tu indio sobre el hombro!

YARA

Pero grita mi pueblo: sus protestas  
pasarán de las bocas a las lanzas.

LAMBARÉ

No son de rebelión, son alabanzas  
esas voces. ¡Las armas traen depuestas!  
Ni un solo grito de protesta arranca  
tanaña indignidad, y más parece  
que a los indios timbúes envanece  
postrarse en homenaje ante la blanca!

*(En este momento penetran en tropel por la derecha Siripo con Lucía al hombro, Diego de Miranda, Cayumari y un grupo de indios de ambos sexos. Yara y Lambaré permanecerán aislados del grupo. Siripo al entrar en escena descarga de su hombro a la cristiana).*

SIRIPO. — *(En el centro de la escena, dominando a todos)*

¡Por fin! Timbúes: siempre fué en la guerra  
la lanza de Siripo la más fuerte.  
Cuando yo tiendo el arco, nunca yerra,  
que de él no parte flecha que no acierte.  
Todos sabéis que ansiosa de venganza  
la tribu de Pegüenches nos acecha;  
pero el temor a mi certera flecha  
y a los botes mortales de mi lanza,  
les impide luchar contra nosotros.  
No por temor a vuestras armas, no;  
porque no os temerían a vosotros  
si entre vosotros no estuviera yo!  
Mi lanza se midió con la más fuerte

del charrúa, con la de Yamandú.  
 Mi vida estuvo siempre con la muerte  
 por estar en defensa del timbú!  
 Hay en mi cuerpo solo, más heridas  
 que en todos vuestros cuerpos; y he perdido  
 mucha más sangre yo, cuando he vencido,  
 que toda la que tienen vuestras vidas!  
 ¡Nadie es hoy más que yo sobre mi tierra!  
 ¡Nadie fué nunca más!  
 Gracias a mí, vencisteis en la guerra,  
 gracias a mí, sois libres en la paz!  
 Pues bien, desde hoy, timbúes, la extranjera  
 queda bajo el amparo de mi brazo!  
 ¡No lo olvidéis! Y al que olvidarlo quiera,  
 niño, mujer, varón o lo que fuera,  
 le marcaré el recuerdo de un hachazo!

YARA. — *(Como en una desesperada invocación)*

¿Y nuestro Sol, decid, cómo tolera  
 tanta profanación? ¿Cómo no lanza  
 su fuego sobre todos, y en venganza  
 no hace con todos una inmensa hoguera?

LAMBARÉ. — *(Encarándose con todos)*

¿Y la raza timbú, la altiva raza  
 que derrotó al cristiano y que en la lucha  
 nadie venció jamás, cómo es que escucha  
 de un cacique traidor, tal amenaza?

SIRIPO. — *(En un rugido amenazante)*

¿Eh?

LAMBARÉ. — *(Sin escuchar al cacique)*

¿No hay un solo timbú que sacrifique  
 su vida, porque pueda en este día  
 correr sangre en señal de rebeldía  
 contra la infamia?

SIRIPO

¡Lambaré!

LAMBARÉ

¡Cacique!

¡Yo soy ese timbú! ¡Yo, porque quiero

mostrarme digno de mi raza, quiero  
mover mi lanza por la tribu entera!

*(Ambos indios mueven sus lanzas para acometerse)*

YARA. — *(Interponiéndose heroicamente)*

¡A mi Siripo, no! ¡Nadie le hiera  
que no me dé la muerte a mí primero!

*(En este instante llega — interrumpiendo la escena — una india apresuradamente).*

INDIA

¡Cacique! ¡Lambaré!... Entre la selva...  
he visto un grupo de guerreros blancos.

*(Asombro en todos los personajes).*

SIRIPO. — *(Con sorpresa y recelo)*

¿Soldados españoles!

INDIA

Sí, cacique,  
yo he visto sus espadas y sus cascos.

LUCÍA. — *(Cayendo desmayada)*

¡Dios mío!

SIRIPO. — *(Observándola; luego a Miranda con sospecha)*

¡Qué! ¿Sabíais su llegada?

MIRANDA

¡Te juro, por mi Dios, que la ignorábamos!  
¿Dónde están?

*(Queriendo ir en busca de los cristianos).*

SIRIPO. — *(Rápidamente)*

¡Detenedle!

*(Dos indios se apoderan del viejo soldado).*

Cayumari,  
conduce a la cristiana hasta mi rancho.

*(Por Miranda).*

¡Y tú con él! ¡Y cuida que hasta ellos  
nadie llegue! ¡Tu vida será el pago  
de una traición!

*(Cayumari ayudado de Miranda sacan el cuerpo de la cristiana).*

Tú, Lambaré, con todos  
mis guerreros detén a los cristianos;  
y para que no avancen más, levanta  
con lanzas una valla en nuestro campo.  
¡Ohá, timbúes!

*(Todos los indios que se hallan en escena partirán corriendo al grito de Siripo).*

¡Lambaré, no olvides  
si tu lanza se quiebra, que mi brazo  
espera que le llames en tu ayuda!  
¡Y en prueba de que olvido tus agravios,  
por si te halla la muerte en la defensa  
de nuestra tierra, he aquí mi mano!

*(Lambaré estrecha silenciosamente la mano que le tiende el cacique y desaparece rápidamente).*

YARA. — *(Acercándose lentamente a Siripo que habrá quedado pensativo)*

¿Ves, Siripo, que mi presentimiento  
se cumple a tu pesar? Los hombres blancos  
de nuevo en nuestra patria. Su perfidia  
otra vez querrá hacernos sus esclavos!  
Yo te profeticé que mientras ella,  
la maldita mujer, viva, los lazos  
de su maldita raza no estarían  
lejos de nuestras manos!

SIRIPO

Nada temas en tanto que mi lanza  
esté, Yara, tan cerca de mi brazo.

YARA

Todo lo temeré mientras no pueda  
alejarse a la blanca de tu lado.

SIRIPO

¡Son tus celos!

YARA

¡Mis celos son, Siripo!  
¡Que por ella mi amor has despreciado!

SIRIPO

¿Quieres tú comparar con su blancura  
tu belleza?

YARA

¡Mi amor, mi amor comparo!

SIRIPO. — (*Sin escuchar a la india*)

¡La luna no es tan blanca! ¡El sol no quema  
como sus ojos, y no brillan tanto  
como el sol, por no herir al que los mire!...

YARA

¡Ya profanas al sol, el Dios amado  
de nuestros padres! ¡Y por ella el culto,  
que le debes rendir, has olvidado!  
¡Todo lo olvidarás!

SIRIPO

¡Qué vale todo  
al lado de ella! ¡Libertad y mando  
daría sin pesar, si la cristiana  
me los pidiera por su amor en pago!  
¡Soy capaz de poner en la cabeza  
de la cautiva mi triunfal penacho;  
el que lucieron todos los caciques  
de mi raza, señal del cacicazgo!

YARA. — (*Haciendo mutis*)

¡No te quiero escuchar, que tus palabras  
penetran en mi pecho como un dardo!

SIRIPO. — (*Como consigo mismo*)

¡Yo seré siempre libre!... Pero de ella,  
¡qué dulce debe ser sentirse esclavo!

LAMBARÉ. — (*Entrando*)

¡Cacique!

SIRIPO

¡Lambaré! ¿Vienes en busca  
de mi lanza?

(*Va a buscar su lanza.*)

## LAMBARÉ

Detente, los cristianos  
hablan de paz. Se detuvieron todos  
mucho antes de llegar a nuestro campo.  
Uno de ellos llegó hasta mí, y en prueba  
de amistad y de paz tendió su mano  
pidiéndome la mía. Diz que quiere  
hablar con el cacique. Bien guardado  
por mis lanzas, le traigo a tu presencia.

*(En este momento entran en escena Hurtado y cuatro lanzas escoltándole).*

HURTADO. — *(Inclinándose ante el cacique)*

¡Salud goce el cacique, el más bizarro  
y valiente timbú!

## SIRIPO

¡Que el Dios de España  
y nuestro Sol te guarden, castellano!  
¿Cuál misión es la tuya? ¡Habla!

HURTADO. — *(Con emoción)*

Cacique!

hace un instante que hemos regresado  
un grupo de soldados españoles,  
— de los tercios que estaban bajo el mando  
del gran Nuño de Lara — y que partimos  
— porque estaban de víveres escasos  
nuestros hombres — a bordo de un velero,  
hace agora seis días. Y en tal plazo  
¿qué ocurrió en estas playas? ¿Cómo pudo  
cambiarse tanta dicha en tal espanto?  
¿Qué fué de nuestro fuerte agora en ruinas?  
¿Qué fué de los heroicos y bravos  
Nuño de Lara, Diego de Miranda,  
Jorge de Salamanca, el noble Ocampo?  
¿Todos yacen allí?... Porque sus rostros  
de modo tal están desfigurados  
que no es posible conocerlos... Unos  
están bajo las ruinas sepultados...

otros tienen heridas tan horribles  
 que sólo recordarlas pone espanto!...  
 Y si todos mis bravos compañeros  
 han perdido la vida, yo, ... en cambio  
 perdí más que la vida, en otra vida...  
 que pereció también en nuestro campo!...  
 Todo es allí despojos, sangre, muerte...  
 Y hasta el pendón morado  
 de Castilla, manchado con la sangre  
 de los nuestros, es un guiñapo trágico!...  
 Agora dime tú, cacique, ¿sabes  
 quién llevó tanto horror a nuestro campo?

SIRIPO. — (*Altivo*)

¡Mis lanzas!

HURTADO. — (*En un grito*)

¡Qué!

SIRIPO

¡Mis lanzas!

HURTADO. — (*En tono de asombro*)

¿Los timbúes  
 pudieron derrotar a los cristianos?

SIRIPO

Si aun lo dudas compruébalo de nuevo:  
 vuelve a ver si está el fuerte en vuestro campo;  
 vuelve a ver si tus nobles compañeros  
 viven aún; y si el pendón morado  
 de vuestra patria ondea sobre el fuerte  
 como hasta hace seis lunas ha ondeado!

HURTADO

¡Luego es cierto, cacique! ¡Luego toda  
 nuestra amistad!...

SIRIPO

Vuestra amistad, cristiano,  
 fué siempre fingimiento! Porque nunca  
 hubo amistad entre amos y criados.

No nos tendisteis nunca, como amigos,  
 lealmente las manos,  
 que en ellas siempre estaban vuestras armas;  
 y la amenaza siempre en vuestros labios!  
 Era nuestra amistad, servil respeto  
 ante vosotros; y la vuestra, mando.  
 Eran los de tu raza los señores;  
 eran los de la mía los esclavos;  
 y en ambas amistades sólo había  
 dos traiciones ocultas, castellano!

HURTADO. — (*Dominando la situación con entereza*)

¿Pretendes demostrarme que ha movido  
 tan sólo la justicia vuestro brazo?  
 ¿Que una amistad, que os pareció fugida,  
 con la misma moneda habéis pagado?  
 No, cacique, traidores, que sabiendo  
 que tan sólo quedaba un puñado  
 de guerreros en nuestro fuerte, visteis  
 propicia la ocasión para el asalto!  
 Cinco años vuestros odios a mi raza  
 cobardemente habíais ocultado,  
 hasta que al fin les disteis rienda suelta:  
 vuestros odios — cual tigres enjaulados  
 y hambrientos y feroces, que podían  
 al fin romper su jaula — se lanzaron  
 sobre la presa, que indefensa, ¿cómo  
 había de evitar vuestros zarpazos!  
 ¿Pero pensáis que tal infamia puede  
 quedar impune? No, cacique, aun cuando  
 no tuviese mi espada más ayuda  
 que el empuje y destreza de mi brazo!  
 Pero aun queda un puñado de españoles,  
 y a sufrir su venganza preparaos!

SIRIPO

Si vencedores no nos disteis miedo;  
 ahora ¿temeremos a un puñado  
 de míseros dispersos? ¡Los timbúes  
 volverían de nuevo a derrotaros!  
 ¿Por qué nos amenazas y provocas  
 cuando nosotros ya no os acosamos?

HURTADO

¿Y ha de quedar, cacique, sin venganza  
la sangre que aun enloda nuestro campo?

SIRIPO

¡Esa sangre es venganza de otra sangre  
que habian derramado los cristianos!

HURTADO

¿Qué intentas? ¿Qué pretendes?

SIRIPO

Que olvidemos,  
cada cual por su parte, los agravios.  
Que si fueron muy graves los del indio,  
¿no lo fueron también los del cristiano?  
Vuelve con tus valientes compañeros  
a tu patria. Dejad que nuestros campos,  
que son nuestros, podamos recorrerlos  
sin temor a caer en vuestros lazos.  
Volved a vuestro mundo. Yo os prometo  
proteger con mis lanzas vuestro embarco!

HURTADO

¡Cuál será la traición que nos preparas!

SIRIPO. — *(Tendiéndole la mano)*

¡Mi mano es de la paz firme resguardo!

HURTADO. — *(Sin aceptarla)*

No es tiempo ya de creerlos. No, cacique.  
¡La guerra o el dominio castellano!

SIRIPO. — *(De súbito en un grito. Luego se domina)*

¡El dominio!

LAMBARÉ. — *(Incitando al cacique contra el blanco)*

¡Cacique!

HURTADO. — *(Sacando su espada, resuelto)*

¡Contra todos  
soy capaz de medirme!

SIRIPO. — *(Con un gesto dominante)*

¡Qué! ¡Cristiano!  
¡Dejadme a mí con él!

LAMBARÉ. — *(Sin obedecer)*

¿Cómo toleras  
tanta provocación?

SIRIPO. — *(Imperioso)*

¡Salid!

*(Los indios obedecen).*

Cristiano,  
¿tú deseas la guerra?

HURTADO

¡Sí, cacique,  
si el timbú no se rinde al castellano!

SIRIPO

¡Rendirse, nunca! Pero si los indios,  
olvidando la fe que profesamos,  
por vuestro Dios cambiásemos el nuestro,  
queriendo convertirnos en cristianos,  
aun querríais vengar con nuestra sangre,  
la sangre que mis lanzas derramaron?

HURTADO. — *(Después de un silencio)*

Si a nuestra religión volvéis los ojos;  
si a nuestro Dios alzaseis vuestras manos,  
en premio, nuestro Dios, os cambiaría  
de tigres en humanos.  
Y si agora os miramos como infames,  
os querríamos luego como hermanos!  
Pero si ni el temor a nuestras armas  
os pudo convencer ¿quién ha logrado  
tan difícil empresa?

SIRIPO

La cautiva,  
que en la terrible noche del asalto,

en mi potro salvé de entre las lanzas  
sin que llegase a herirla un solo dardo!

HURTADO. — (*Con el ansia consiguiente*)  
¿Qué cautiva, cacique?

SIRIPO  
¡La cristiana,  
la única que había en vuestro campo!

HURTADO  
¡No murió esa mujer!

SIRIPO  
¡Para mi dicha  
vive; mi vida es suya!

HURTADO  
¡Desgraciado!  
¿Tú amas a esa mujer?

SIRIPO  
¿De qué te asombras?

HURTADO. — (*Lentamente*)  
¿Y ella te ama también?

SIRIPO  
¡Me lo ha jurado!

HURTADO. — (*Con ímpetu*)  
¡Pues te ha mentido!

SIRIPO  
¡Qué!

HURTADO  
¡No, no es posible  
que esa mujer tan pronto haya olvidado  
que fueron vuestras lanzas las que alevés  
la sangre de su raza derramaron!

SIRIPO  
¡Mi amor le hizo olvidar!

HURTADO

¿Mas cómo pudo  
tan pronto esa mujer llegar a tanto?

SIRIPO

¡Para amar un instante solo basta!

HURTADO. — (*Simiestramente*)

¡Quizás ella te amaba de antemano!

SIRIPO

Al principio me huía temerosa;  
rechazaba indignada mis halagos;  
¡pero al fin!...

HURTADO. — (*Sin poder dominarse*)

¡No, cacique, no es posible!  
¡Yo quiero verla!

SIRIPO. — (*Con recelo*)

¿Para qué, cristiano?

HURTADO. — (*Dominándose*)

Porque quiero, cacique, ver si es cierto  
que su amor hacia ti no es un engaño.  
Hazla venir, y déjame que a solas  
la interrogue...

SIRIPO. — (*Receloso siempre*)

...¿Y si es cierto, castellano?

HURTADO. — (*Dominándose*)

¿Cuáles son tus propósitos, si es cierto?

SIRIPO

Convertir los timbúes en cristianos,  
y unirme a la cristiana para siempre  
compartiendo con ella el cacicazgo!

HURTADO

¡Hazla venir!

SIRIPO. — (*Después de una pausa*)

¡Agora, mas no intentes

cambiar su amor en odio! No, cristiano,  
porque entonces...

*(Con un gesto feroz muestra amenazante su lanza al cristiano,  
y hace mutis sin dejar de observarle con recelo).*

HURTADO. — *(Al ver salir al indio se abandona a su dolor, llegando hasta  
el sollozo)*

¡ Señor! ¡ Señor!...

DIEGO DE MIRANDA. — *(Aparece sigilosamente; pero al ver a Hurtado,  
prorrumpie en un grito de gozo)*

¡ Hurtado!

HURTADO. — *(Asombrado, rechazando los brazos que le tiende Miranda)*

¡ Qué! ¡ Vos vivís, Miranda! ¿ Vuestra hija  
perdió su honor, viviendo vos, sin que antes  
le arrancaseis la vida!  
¡ Yo voy a enloquecer!

MIRANDA

¡ Quién te ha cegado!  
¿ Cómo pudiste creer en tal perfidia?

HURTADO

¡ Ella juró al cacique que le amaba!

MIRANDA

¡ Lo juró por salvarme a mí la vida!

*(Movimiento de júbilo en Hurtado; Miranda le tiende los bra-  
zos de nuevo).*

¡ Ven a mis brazos!

HURTADO. — *(Estrechándole entre los suyos)*

Padre, perdonadme.

¡ Comprended mi dolor!

*(Con lágrimas en los ojos).*

MIRANDA. — *(Conmovido)*

¡ Temo que mi hija  
muera de gozo al verte, porque hoy mismo  
tu muerte hemos llorado!

LUCÍA. — *(Que aparece al ver a Hurtado, en un grito)*

¡ Ah!

HURTADO. — *Corriendo hacia ella*)

¡Lucía!

*(Quedan confundidos en un estrecho abrazo durante unos instantes. Miranda, alzando sus manos al cielo, conmovido, exclama):*

MIRANDA

¡Gracias, oh Dios, que tu bondad nos cambia tanto dolor en tan suprema dicha!

LUCÍA. — *(Sin soltarse del abrazo, acariciando a su esposo muy dulcemente, llorando de alegría)*

¡Vive mi Hurtado!... ¡No murió! ¡Sí, vive!

¡Agora ya le tengo entre mis brazos para siempre, bien mío, para siempre!

¡No vuelvas a alejarte de mi lado!

¡Piensa que no es mi vida sin la tuya más que dolor! ¡Mi bien!

HURTADO

¡Lucía!

LUCÍA

¡Hurtado!

HURTADO. — *(Con ternura)*

¿Sufriste mucho?

LUCÍA

¡Quién recuerda agora lo que sufrí... si estoy entre tus brazos!

¿Y tú... sufriste?...

HURTADO. — *(Temblándole las palabras, al recordar)*

¡Yo... pensé que habías perecido también en el asalto!

LUCÍA

No llores tú, mi bien, que nunca he visto lágrimas en los ojos de un soldado.

MIRANDA

¡Te olvidas, hija mía, de mis ojos!...

LUCÍA

¡Es verdad, padre! ¡Todo lo he olvidado!  
 ¡Todo lo triste, padre, con la dicha  
 de haberle vuelto a ver!

YARA. — (*Aparece en este instante de entre la selva*)

¡Miente, cristiano!

Esa mujer adora a mi Siripo.  
 Véngate de ella porque te ha engañado...  
 y si para arrancarle las entrañas  
 fuerzas te faltan, cuenta con mi brazo!

LUCÍA. — (*Advirtiendo el silencio de Hurtado se le acerca*)

¿Hurtado!

HURTADO. — (*Después de una lucha interior, abrazándola*)

¡No, mi bien, que si mis ojos  
 lo vieran, aun habría de dudar!

YARA. — (*Terriblemente*)

¡La perdonas!

(*Desaparece corriendo y gritando*).

¡Siripo!

MIRANDA. — (*Alarmado, a Hurtado*).

¡Agora huye!

Querrá hacernos caer en algún lazo.

LUCÍA. — (*Abrazándose a Hurtado*)

¡Yo contigo! La muerte no me asusta.  
 No me importa morir. ¡Pero a tu lado!

HURTADO

Pero, ¿por qué hay que huir? ¡A pesar de ellos  
 hallarán un ejército en mi brazo!

MIRANDA

¡Huye a pesar de todo!

LUCÍA

¡Yo contigo!

CAYUMARI. — (*Entrando presuroso y con sigilo*)

¿Estáis vuestras desgracias esperando?  
Yara busca al cacique: ¡va a decirle  
quién es este soldado!

HURTADO

¡No me importa morir!

LUCÍA

¡Y yo contigo!

MIRANDA

¿Y con tu muerte, di, qué habrás logrado?  
¡Ver mientras mueres, que el cacique tiene  
oprimida a tu esposa entre sus brazos!

HURTADO. — (*Espantado*)

¡Yo voy a enloquecer!

MIRANDA

¡Huye!

CAYUMARI

Yo puedo  
ayudarte a salir de nuestro campo.

HURTADO. — (*Después de una lucha interior. Midiendo el peligro*)

¡Ve delante!

(*Cayumari sale*).

LUCÍA. — (*Aterrada*)

¡Qué! ¿Vas a huir? ¿Me dejas?

HURTADO

Impacientes me aguardan mis soldados:  
¡tan pronto como llegue volveremos  
para morir o para libertaros!

MIRANDA

¡No te detengas más!

LUCÍA. — (*Abalanzándose a su esposo*)

¡Yo voy contigo!

HURTADO

¡Es un instante!

LUCÍA

No. Yo no me aparto  
de ti. Yo he de correr tu misma suerte!

MIRANDA. — (*Luchando con Hurtado por desprender a este de los brazos de Lucía*)

LUCÍA

Arráncame los brazos  
o llévame contigo!

HURTADO

¡No, Lucía!

(*Logra desprenderse de su amada*).

MIRANDA. — (*Luchando por detener a Lucía*)

¡Marcha! ¡Corre! Hija mía, hija!

LUCÍA. — (*Al ver salir corriendo a Hurtado, en un grito*)

¡Hurtado!

¡Otra vez me abandona!

(*Rompe en sollozos cayendo al suelo*).

MIRANDA

Es un instante! volverá!

LUCÍA

¡Volverá!

MIRANDA

¡Calma tu llanto!

Si vencen al timbú, nuestras desgracias  
al fin habrán cesado!

(*Se oye dentro un formidable griterío que domina la voz de Siripo*).

(*Miranda se inquieta. Lucía permanece sollozando en el suelo, ajena a todo hasta el final y como se indica*).

SIRIPO. — (*Entra, furioso, seguido de Yara y otros indios*)

¿Donde está? ¡Recorred toda la selva!

(*Un grupo de indios parte, obedeciendo*).

## NOSOTROS

¿Esta es la buena fe de los cristianos?  
¿Dónde se oculta? ¿Dónde?

YARA. — *(Como Yago)*

Yo le he visto:  
Tenía a tu cautiva entre sus brazos...  
se juraban amor!

SIRIPO. — *(Rugiendo)*

¡Dónde se oculta!  
¡Que no pueda mi lanza atravesarlo!

LAMBARÉ. — *(Entrando presuroso. Indignado)*

Cacique, el español, con Cayumari  
cruzan la selva huyendo hacia su campo!

SIRIPO

Elige los timbús más corredores;  
junta mis lanzas; monta mi caballo!  
¡Ohá timbúes!

*(Lambaré parte acompañado de todos los indios que haya en escena excepto Yara y el cacique).*

MIRANDA. — *(Corriendo tras ellos)*

¡Dadme a mí un acero!

LUCÍA. — *(Irguiéndose, heroica, ante el cacique)*

Bien cerca de tu lanza está mi Hurtado!  
Sabes dónde se oculta? Aquí, Cacique!  
atraviesa mi pecho de un lanzazo!  
Hiere, cacique!

SIRIPO. — *(Va acercándose a ella como atraído por un imán. Mueve su lanza en un arranque; pero ésta se le cae de la mano)*

¡Herirte! Si no puedo!  
Cristiana ven a mí! Ven a mis brazos!

*(La cristiana va retrocediendo. El cacique consigue apoderarse de ella).*

¡No huyas de mí!

YARA. — *(Tomando un arco y una flecha, amenazante)*

¡Cacique!

SIRIPO. — *(Al conseguir tomar entre sus brazos a la blanca)*

¡Mía! ¡Mía!

LUCÍA. — *(Luchando por desprenderse de los brazos del indio)*

Te odio!

YARA. — *(Ayudando a la cristiana en su lucha)*

¡Siripo!

SIRIPO. — *(Derribando a la india)*

¡No! ¡Nadie la arranca

de mis brazos!

YARA. — *(Se incorpora rápidamente, carga el arco con la flecha, apuntando al indio y a la blanca)*

¡Siripo!

SIRIPO. — *(Durante la lucha de ambos, cacique y española, habrán caído, esforzándose ella por deshacerse de él, y el indio sujetándola entre sus brazos, besándola frenéticamente entre una mezcla de placer y dolor dirá:)*

Blanca, blanca

como la luna y mía, mía... mía!...

*(Yara tira con rabia el arco y rompe en sollozos, incapaz de herir al Cacique).*

TELON RAPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO

## GERMINARON...

¿Quién lo ha dicho? *La música no es sólo un arte, es una pasión.*

Se la ama en absoluto, o no se la ama; atrae y subyuga porque es misteriosa en su esencia, como el fondo mismo de nuestro corazón; va de la delicadeza hasta la grandiosidad; consuela, deprime o exalta; es femenina por su arrullo y al mismo tiempo viril por su arrebató; en ella encuentra un eco todo recuerdo, todo dolor, toda aspiración humana.

La música que ríe, distrae; sólo la música que llora nos eleva...

Como es vaga, como es multiforme, como es infinita en su expresión, ha sido siempre el único lenguaje que hace comprender lo incomprendible del alma.

\*

---

Un buen día aparecieron en el diario *El Bien*, de Montevideo, algunos pensamientos bajo el título de "Germinaron" y con la firma de "Martha". Alguien, hombre de letras, descubrió a través de aquellos renglones un alma saturada de profunda sentimentalidad y un espíritu alado. Raúl Montero Bustamante, que él era, comunicó la nueva a Zorrilla de San Martín, como la aparición de una luz diáfana. Y el gran poeta creyó, después de haber leído.

Bien; uno de nuestros colaboradores, sabedor de la primicia, obtuvo, no sin vencer con esfuerzo la ingenua modestia de la autora, otras nuevas "condensaciones" para NOSOTROS. Ella misma, al remitirlas, dice: "Ahí va una muestra de lo que tan espontáneamente germina en mi campo. Yo los tenía por yuyos sin valor, ni utilidad; pero casi me han convencido de que un poco de savia encierran; y tal vez algo de mi alma te llegue con ellos".

Sólo queremos añadir que Edda Márquez Palomeque es mujer nacida en nuestra tierra, cuya honda vena literaria hizo eclosión en la capital hermana, y que esta vez el concepto de Renán tiene en ella un exponente palmario: escribe bien, pues siente bien. (*Nota de la Dirección*).

La ingratitud es planta de todo clima y de toda estación; hunde sus raíces en los corazones de tierra y para brotar sólo necesita el riego de un beneficio.

\*

El alma del lago era un espejo del cielo...Un día, una mano... ¿indiferente? arrojó una piedra y turbó esa alma que era toda serenidad... y el dolor la conmovió. Pasó el sacudimiento, vino la calma, se rehizo la paz... y nadie sospecha que hay una piedra incrustada allá, en el fondo de esa alma-lago.

\*

Suma cien insignificantes dolores y tendrás un martirio.

\*

Nada de ciego que es el Amor... es más bien miope, cuando le conviene: para descubrir primores escondidos, es lince muy sagaz; para ver cualidades donde hay defectos, es mago indio que todo lo transforma; y si los celos lo agujonean, es el Argos de mil ojos.

\*

El trabajo es la oración del cuerpo.

\*

La soledad tiene la inmensidad misma del mar... y en su silencio se oye aquel rumor vago de la ola que es como la respiración del océano.

¿Por qué se llamará soledad, eso tan poblado de recuerdos y de ensueños?

¿Soledad? ¿Y está lleno de mi pensamiento?

¿Soledad? ¿Esto en que me gozo?

¿Soledad? ¿Y tengo aquí y los siento que me hablan y me escuchan a todos los espíritus amigos que la distancia o la muerte alejó de mi lado?...

Cuando el cuerpo está solo, entonces es cuando el alma está menos aislada, porque la acompañan la muchedumbre de las ideas. Y por sobre todas ellas, como un rey, como un tirano, como un amigo, se yergue la Conciencia.

¿Quién está solo cuando ella habla?

\*

Tanto vales cuanto te hayas sacrificado.

\*

El sentido poético o lo llevamos dentro o no lo vemos en ninguna parte.

\*

Aunque no te llegue la felicidad, aunque no te llegara nunca, tienes al menos que merecerla.

\*

Mi ideal es la paz...

Arrancaría de la Tierra, como quien siega, todas las luchas, todas las guerras; la enemistad, la discusión, las reyertas... todo lo que es violencia y exterminio...

Quitaría de todas las almas, como quien poda, los odios, la envidia, el rencor, los celos... todo lo que muerde y roe incitando a la venganza...

Borraría de los corazones, como quien lava, la maldad, la insidia, la traición; todo lo que ayuda y fomenta en secreto la pasión homicida...

Ahuyentaría, como a un mal sueño, las preocupaciones, la obsesión, el delirio; todo lo que desvela y trastorna los cerebros...

.....  
Con el bronce de todos los cañones, con todas las espadas y todos los puñales, fundiría la inmensa campana que llamara a oración...

Y por último, arrasaría con todo aquello que dentro de mí se agita y combate y me atormenta...

Para que reinara soberana sobre todos los espíritus, aquella dicha que el Divino Maestro nos ofrecía al decirnos:

“Mi paz os dejo”...

\*

El dolor nivela todas las cabezas al doblegarlas.

\*

El alma femenina tiene las antenas sutiles de la intuición, para percibir esos marconigramas que llamamos *corazonadas*: avisos, gritos, ruegos de otro corazón que pasa...

\*

En el fondo del corazón más tirano hay un esclavo dormido...

EDDA MÁRQUEZ PALOMEQUE.

Montevideo, 1914.

## LA MUERTE DE SANCHO PANZA

Una semana hacía que la buena de Teresa miraba con dolor que a su marido Sancho Panza se le llegaba el fin de sus días.

Con cristiana resignación, esperaba el fiel escudero la llegada de esa espantable mensajera, que llaman la muerte y — a veces — cuando notaba muestras de tristeza en su mujer, solía consolarla poniendo algunas concertadas razones entre la sarta de sus refranes.

“¿No ves, mujer, — decíale — que Dios, Nuestro Señor, así como puso el sol en los cielos, para librar a los hombres de la obscuridad, hizo la muerte para libralles de los males de la vida? Y no debes afligirte, pues hoy por mí y mañana por tí; la muerte, como la marea, a nadie espera.

“Aunque buenos azotes me costara, buen gobierno tuve y no de un pequeño estado, sino de grande y verdadera ínsula. Mis ojos han visto lo que jamás otros ojos vieran. He visto, — en aquella venta encantada — a mi señor Don Quijote, a quien Dios dé gloria, trabarse en descomunal batalla con un grandísimo gigante y partirlo por el medio, como si hubiese sido un corderillo; he visto princesas tornarse, mal de su grado, en desaliñadas labradoras y he visto...

— “Mucho, Sancho amigo, te queda por ver! Si no, díganlo nuestros nietos, los hijos de Mari-Sancha y los de Sanchito, que ya hacen de cuentas que su agüelo algún día ha de encontrar otra ínsula más estable que dejalles.

— “¿Dios, Nuestro Señor, los libre de ínsulas! — interrumpió Sancho en este punto. — ¿Por ventura no te basta mi experiencia con aquel excomulgado dotor Recio y con todos aquellos revolucionados insulanos? Necio fui al acetar la propuesta de mi señor Don Quijote, de irnos buscando aventuras por el mundo. Bien se está San Pedro en Roma y bien nos estábamos el Rucio

y yo aquí en el pueblo, en vez de ir a pasar días con hambre, noches en vela y meses de desventuras. Y ¿qué necesidad teníamos, el Rucio y yo, de andar caluniados en esas historias que dicen que escribió un moro encantador?”

A buen seguro que Sancho hubiera proseguido en sus lamentaciones, si en ese momento no hubiese acertado a entrar en el cuarto el menor de los hijos de Mari-Sancha, — todo azorado y con la color encendida de puro agitado; — con la noticia de que el señor cura, el barbero y el bachiller Sansón Carrasco, estaban a la puerta, esperando saber cómo iba de salud el abuelo.

Disponíase Teresa a recibir los visitantes, cuando aparecieron éstos a la puerta del cuarto.

— “¿Cómo váis, Sancho amigo?”, — preguntó el cura.

— “Más apriesa de lo que yo quisiera, pero creo que tarda muy poco el fin desta mi última aventura. Grande honor me hacen las vuestras mercedes viniendo a informarse del estado deste pecador, que ya no lo será por muchos días en este mundo”.

— ¡“Déjese el buen Sancho de decir tales cosas! — interrumpió Maese Nicolás; — vea de mejorarse y Dios le deparará larga vida y buena suerte”.

— “Decía una mi agüela, señor barbero, que la muerte llega más apriesa que la suerte, y debe ser verdad, pues yo he pasado mi vida esperando la fortuna y jamás la he visto el rostro, mientras que sin haber deseado ver la muerte, la tengo agora aquí, bien junto deste lecho. Y por lo que hace a vivir más años, diré a vuestras mercedes, que una vez le oí decir a un predicador, que la vida es como la mujer; si es buena, con una basta y si es mala, con una sobra. Yo he vivido mi vida como buen cristiano; he sido simple, pero bien intencionado; rústico, sin ser grosero; a nadie he hecho mal, he amado la paz y salgo del mundo como llegué a él... ni pierdo ni gano. El único pesar que me llevo a la otra vida, es el de haber dado lugar a que me llamen loco, por haber seguido a Don Quijote en sus caballerías”.

— “De nada tiene que arrepentirse el buen Sancho — dijo el bachiller — pues aunque es cierto que algunos malcontentos le llamen goloso, rústico y hablador, los más convienen en que ha sido espejo de escuderos fieles, honrado en sus actos y donoso en sus palabras. Grande renombre dió tu amo, no sólo a todas las Españas, sino hasta a estas tierras de la Mancha; y, ¿qué hubiera

podido hacer él solo, sin la ayuda de tu discreción y de tu persona?"

Sancho, hacía rato daba claras muestras de ir empeorando, así es que, a no estorbárselo su aliento, que se iba acortando por momentos, hubiera replicado al bachiller. Viendo ya de cerca a la muerte, rogó a Teresa que llamara a sus nietecillos, — que allí cerca se hallaban — y pidió a los circunstantes que lo dejaran solo con ellos, pues deseaba hablarles.

Cuando éstos hubieron entrado en silencio y rodeado el lecho, incorporóse Sancho trabajosamente y con débil voz y lágrimas en los ojos, les habló de esta suerte:

— “Grande es la bondad de Dios, al permitir que en la hora de mi muerte vea junto a mí a los que son el fruto y la continuación de mi vida. A juzgar por vuestro número, incontables han de ser mis descendientes en este mundo, en los siglos futuros. Llevad mi nombre, como lo he llevado yo; con orgullo en el infortunio, con modestia en la bienandanza y honradamente siempre. Descendéis de uno que ha sido jefe de hombres; de uno cuyo nombre repiten las historias. Acordaos de que los nombres son como los trajes; el mérito no está en poderlos llevar, sino en saberlos llevar. Servid los propósitos de aquellos que creáis que piensan bien, pues el imitar a los buenos, es propio de los discretos. Aunque no tengáis cabeza para hacer grandes cosas, podéis hacer que vuestros corazones aprecien las buenas y que las imiten; si no podéis hacer el bien por vosotros mismos, no estorbéis a que lo hagan los demás. Poned vuestra voluntad al servicio de las obras o las intenciones generosas de los que piensen mejor que vosotros y seréis tan dignos de alabanza como ellos. Ya que os hablo de la voluntad, no olvidéis que ésta es como las aguas de un río; si nos dejamos arrastrar por ellas, nos hundan y nos pierden; si les abrimos canales y las llevamos a los sembrados, nos dan la vida, la alegría y el bienestar. Llevad vuestra voluntad hacia el bien y seréis dichosos. Vivid en paz, sin envidias ni rencores; ayudad a los buenos, seguid mi ejemplo y haréis que nunca esté de más la herencia de Sancho Panza en este mundo.”

Diciendo estas palabras, dejó caer el antiguo escudero su cabeza blanca sobre la almohada y quedó como si durmiera.

Dieron los nietos grandes voces de alarma, a cuyo ruido llegaron Teresa, el cura y sus amigos. No poco trabajo costó hacer

que Sancho se reanimara por breves momentos, durante los cuales tuvo tiempo el cura de darle su bendición. La respiración del enfermo se había hecho corta y rápida; sus ojos afebrados, ya miraban sin ver y de allí a pocos instantes, su alma sencilla y buena, había ido a reunirse con la de su caballeresco señor, en la otra vida.

HÉCTOR NARANJO.

---

## CRONICAS YANQUIS

### A MANERA DE PROLOGO

“Vuestra suerte no admite duda; figuraréis en el vasto hospital de los locos del porvenir, cuyo modelo es la Gran República Norteamericana.”

SARMIENTO.

Yo sé que enviar correspondencias desde los Estados Unidos es proporcionar a los lectores de mi país, algo que se regodeará con muy distintos gustos. Y también, que escribir de y desde los Estados Unidos, es exponerse, casi, a una prueba algo difícil, tanto por lo bien poco que a nuestro país se escribe de los yanquis, como por lo poco bueno que de los yanquis en nuestro país se acostumbra a leer.

Y aquí me preguntaría — haciéndome la fórmula interrogante de José Mariano de Larra — si se lee poco bueno de los yanquis en nuestro país, porque se escribe bien poco, o se escribe bien poco de los yanquis en nuestro país debido a que lo que se lee es poco bueno.

Aunque estropeada la fina fórmula del Voltaire español, lo cierto es, que desde Estados Unidos se escribe muy poco en relación a lo que se escribe desde países europeos.

Siendo yo, con este artículo, uno de esos pocos que desde aquí escriben, he creído conveniente, por diversos motivos, iniciar mis correspondencias con algunas digresiones que comiencen el dulce, insulso, o amargo paladeo de lectores.

Los que tienen acostumbrados los oídos con sonoridades de himnos a la latinidad o a otra “idad”, es claro que no podré contentar. Tampoco podré contentar, me adelanto a declararlo, como

a esos últimos, al que gusta el crítico de Anatole France, quien, no teniendo qué decir de la persona que quería criticar, encontró su crítica apetejada en la sucia suela de sus zapatos.

No me propongo, pues, ni utilizar los colores y sonidos con que todo lo embellecen los primeros; ni el agua regia con que todo lo disuelven los segundos. El único propósito que me guiará a escribir desde los distintos puntos de Estados Unidos que recorreré con el interés de aprender, es para mandar correspondencias con la naturalidad del asunto que traten y con la misma prosa que esos puntos se hagan predominantes en mi retina, preocupándome abordar las cuestiones que a mi juicio puedan ser oportunas y beneficiosas a mi país.

Las cosas yanquis hace tiempo que me ocupan en lecturas que se han hecho mis más favoritas. Entre ellas, por escritores argentinos que han trabajado en el destino de nuestro país, tales como Sarmiento y Alberdi; extranjeros: Doupreville, Grimke y otros; y he leído y he escuchado a muchos contemporáneos.

Entre los primeros, es notable la admiración que demuestran tener por los Estados Unidos.

Pero, sobre ningún país, la opinión general que de él se tenga, está tan dividida como entre los contemporáneos, teniendo en cuenta que en su mayoría, son poseedores de un escondite que utilizan para cuando tienen que confesarla. Opiniones inconfesables, producto de una formación incompleta de ella misma, o de preanimadversiones establecidas en su espíritu.

Los admiradores de los Estados Unidos que ven en ella al modelo insuperable de nuestra vida institucional y de nuestro porvenir, y la necesidad de un acercamiento, tanto con la identificación de nuestras instituciones con las suyas, como con una política para con ese país expansiva, ven surgir teorías contrarias a ese acercamiento, con distintas denominaciones y algún eco conseguido por sus portavoces.

Pertenece esas teorías a las establecidas por premisas falsas, que resultan de concesiones sentimentales, inconcebibles al tratar problemas sociales, que se permiten ciertos espíritus. Unos ven, en ese acercamiento, amenazadas mortalmente a nuestras pretendidas características de raza. Otras, tan inconsistentes como las anteriores, ven en él, la aproximación de nuestro organismo industrial a las garras de su imperialismo capitalista.

Esta última teoría ha sido mantenida para toda la América la-

tina, también por ese mismo sentimentalismo lírico que anula completamente cualquier investigación sociológica.

Una noción económica ya elemental, destruye esos argumentos multicolores, aunque se reconozca, por nuestra parte, en sus mantenedores, patriotas y economistas buenos, pero con su patriotismo y ciencia equivocados.

Los países jóvenes, como el nuestro, (aunque a éste le ha llegado el tiempo de dejar un poco de ser tan joven) con su nacionalidad, democracia e industria aún embrionarias, para quienes se ha propagado esas teorías, están abocados con los problemas que el adelanto de la técnica de la producción día a día les presenta a sus industrias en embrión. Y para resolverlos necesitan, sin importarles las patrias que tengan, de esos capitales extranjeros, para nutrir y dar vida prolífica al necesario metódico incremento de sus incompletas poblaciones y poder permitirse la menor exigencia de energías a su brazo trabajador, por una mayor compensación en los jornales, reales, para la más fácil satisfacción de todas sus creadas necesidades. Estos son de los primeros problemas que deben abordarse en los pueblos de los países jóvenes que quieran asegurarse estables civilizaciones e independencia en todos sentidos.

También sé que en nuestro país, en su mundo intelectual existe una especie de proteccionismo nacional para con las ideas, como el que existe para el azúcar, no menos perjudicial que el para con esta última industria.

Unos y otros, son espíritus poco caldeados en los principios consagrados por nuestra revolución, que no hacen nada fidedigno por la continuación de su obra. Será por lo tanto bueno, invitarles a que pongan sus ojos fuera de nuestras fronteras, y abarquen con ellos ambas Américas; para en la latina, hacerles sentir el fuego intestinal que devora gran parte de su organismo despoblado, prendido por la mezquina política de las horas actuales, despreocupada por la cuenta que el futuro le pedirá de su presente. Y en la otra, tranquila en toda su grandeza como una visión, con su compacta legión de ideas y energías preparada en cualquier momento para rendir sus cuentas a la civilización actual. Fijando nuestra vista sobre ambas, es como nos daremos cuenta cabal de lo que poseemos y nos falta para asegurar la estabilidad de nuestro progreso, y de la unidad múltiple que constituirá nuestro futuro nacional.

Hoy por hoy, los problemas que más nos interesan, escondidos como están en la misma naturaleza íntima de nuestras necesidades, sólo los desentrañará resolviéndolos, esa democracia sinceramente practicada, que en nuestro país en estos momentos surge, como la sonrisa de un dulce despertar, por vías de conducta completamente heterónomas, que le permitan recibir las enseñanzas que esta otra democracia americana, y las viejas de otros países pueden proporcionarle en las flores y espinas de sus experiencias.

Por otra parte, no creo yo, ni creeré, salvo renegando de las convicciones que me permiten esperar de la humanidad mucha más perfección, que en la República Norteamericana exista una sociedad perfecta. Pero si sé, que en ella el trabajo por su mayor elevación, ha preocupado más que en todas partes, con los profícuos resultados que presenta su vida en general. Y es bueno hacer notar que esta elevación de su sociedad ha tenido por colaboradores desde todas sus clases sociales, desde el burgués más acaudalado, que se distingue del europeo por lo industrial, hasta el obrero más humilde, quien, día a día ve elevar sus condiciones tanto en el orden material por la legislación obrera en que el mismo colabora participando en el reparto de los poderes de gobierno, como en el moral, por esa acción social que las universidades yanquis expanden por todos los rincones de la sociedad norteamericana, como dice Ernesto Nelson, quien las ha estudiado con el criterio pedagógico más elevado.

Esa concepción que el americano del norte tiene del mundo y del hombre, exaltando la acción y el pensamiento y descalificando la ansiedad y la indolencia, le permitieron tragarse las vías de conducta desconocidas al europeo, elevándose a ese progreso, que no admite estaciones de espera. El europeo puede aplicar a su vida fórmulas abstractas, el yanqui no. El las necesita surgida de las necesidades de ella misma.

Estas manifestaciones del espíritu norteamericano, chocantes a espíritus de cierta aclimatación, se revelan no sólo en el régimen político del país, sino también en todas sus instituciones por ese "caché humano" que reciben facultando al país como la tierra maestra de ideas e instituciones.

La noción más general, más difícil y tardía que pueda poseerse de los Estados Unidos, conociendo las distintas etapas de su desenvolvimiento económico y político, está encerrado en el úl-

timo libro del presidente Wilson por los términos siguientes: "La América de hoy, no es la de hace veinte años, ni siquiera la de hace diez años. Hemos cambiado nuestra situación económica desde la cima hasta la base. La vida de la nación ha crecido en una variedad infinita; y ya no gira más, en torno de cuestiones de estructura política, o de distribución de poderes gubernamentales.

Nuestra vida ha roto con el pasado"...

.....

Henos ya confundidos, formando parte de esta población, la mayor del mundo, observando esta firme torre que la constituye, levantada sobre una base que se ensancha a medida que se eleva, por el ingenio y la positiva religión del hombre moderno, con la misma constancia que lo hiciera la locura fanática rebelada de la bíblica Babel, constituyendo uno de los esforzados báculos con que la humanidad se palanquea para desprenderse de los secos flancos, aún poderosos, del pasado.

¿Y cómo no admirarla, viendo en cada una de las piedras que la componen la huella de la inteligencia y la energía humanas, y viéndola el fruto de esa inteligencia y energía, que engendrando riqueza y progreso en una civilización estable, lo ha obtenido pletórico de esperanzas, capaz de nutrir el mayor sueño del hombre, en una perfecta y feliz sociedad humana?

ALEJANDRO JASCALEVICH.

New York, Marzo de 1914.

---

## POESIAS

### Sonetos íntimos.

#### I

Mi vida está cansada de traiciones  
y quiere reposar. La lucha ha sido  
un largo desfilar de corrupciones  
que pudieron haberme corrompido.

Mi vida está cansada de expresiones  
que nunca en su interior ha compartido.  
Mi vida desgarró sus ilusiones  
en las zarzas del campo recorrido.

Mi vida es triste y sin embargo espera...  
Es tan intensa en mí la Primavera  
que podría rehacer mi vida trunca,

si un gran amor, fecundo y armonioso,  
diera un breve momento de reposo  
a mi dolor que no reposa nunca...

#### II

Para que nuestras almas formen una  
alma de amor y bienaventuranza,  
y comulguen, devotas de la luna,  
en el común altar de la esperanza;

## NOSOTROS

Para que realicemos el inmenso  
deseo de pasión que nos ha unido,  
y del que está mi espíritu suspenso  
y del que está tu espíritu encendido,

menester ha de ser, mi dulce dueño,  
si tú me quieres como yo lo sueño  
y no es amor un engañoso alarde,

que prolonguemos nuestras propias vidas  
en otra donde brillarán reunidas  
todas las cosas que soñé una tarde...

## III

— Bien venido, Dolor... Ella se aleja  
y tú llegas a mí sonoramente,  
con el primer sollozo de la queja  
y el último murmullo de la fuente.

Bien venido, Dolor... La tarde toda  
comparte el luto de mi amor perdido  
y llora los encantos de la boda  
muerta en los brazos de un eterno olvido.

Bien venido, Dolor... Ya nada tengo,  
a tu camino nuevamente vengo  
y en tu camino seguiré mi suerte;

Bien venido, Dolor, mi buen hermano,  
llévame por tu senda de la mano  
y déjame en el reino de la muerte!

NICOLÁS CORONADO.

**Brindis.**

Por el alba divina de tus carnes de plata ;  
Por el sol de tus ojos ; por tus labios sensuales  
Que son de la ambrosía fecundos manantiales  
Y tienen en sus hoyos el calor que arrebatá ;

Por los senos diabólicos que el corpiño recata  
A la inquieta mirada ; por las sedas nupciales  
De encantados secretos, y por tus esponsales  
Con la vida, a quien sirves de gentil azafata,

Que seas muy feliz. La febril primavera  
Ha rociado tu rostro y es tu rostro una rosa  
De pétalos inquietos como una mariposa

Volando sobre el césped de la verde ladera,  
Y en tu cáliz el vino de la vencida espera  
La luz fecundará. Que seas buena esposa.

JOSÉ GABRIEL.

**Mi dolor.**

Yo tengo mi dolor grave y hurraño,  
Amasado con fibras del deshecho  
Amor que silencioso guardó el pecho  
Como un nocturno visitante extraño.

Hijo nació de torpe desengaño  
Proclamando con furia su derecho,  
Y alimentado por un cruel despecho  
Sin cesar se revuelve como antaño.

Es inmutable, eterno y justiciero ;  
Jamás sabrá de lenitivo cierto  
Ni gozará de treguas lisonjero,

Y cuando se desplome ya marchito,  
Vencido para siempre el cuerpo yerto,  
Ascenderá sereno al Infinito.

MARCELO LEGUIZAMÓN.

**Profana.**

En cánticos inmensos,  
severos e impregnados de grandeza,  
comenzaron los himnos a elevarse.  
Iban a algo supremo; y en espesa  
conjunción de alabanza,  
de perdón, de respeto, revelarse  
parecían sus notas  
en un canto sublime de esperanza.  
Acordes de solemne melodía  
y treguas silenciosas de respeto  
el ámbito invadía.  
El alma se alejó, y en raudo vuelo  
dejó arrastrarse a la región del cielo.  
Pensé en un dios. Un gran recogimiento  
envolvióme con nubes de blancura,  
y al comprender el himno, el pensamiento,  
creyó en un dios, que allá, desde la altura,  
sin saber cómo fué, ni por qué sino,  
mandó al globo a rodar en su destino.

Y los sonos subían,  
y en espiral inmensa  
las notas a las notas sucedían...  
y ante mí ví una extensa  
'nivea blancura que me habló en silencio  
de un culto de pureza,  
de una fe ilimitada;  
y encerrando en las manos mi cabeza  
quise ahondar la mirada,  
quise ver más... y ví... Y sonreíme...  
Allí, sobre la mística blancura,  
apareció profana tu figura...

JORGE M. PIACENTINI.

## LA DEMOSTRACION DE "NOSOTROS"

A

### ENRIQUE GOMEZ CARRILLO

A iniciativa de NOSOTROS, el 6 del corriente se realizó en el salón de fiestas del París Hotel el banquete con que un numeroso núcleo de los más significativos representantes de nuestra intelectualidad, quiso expresar a Enrique Gómez Carrillo, incansable peregrino que fué nuestro huésped por tan breve tiempo, el homenaje de su afecto y admiración.

Así por el número como por la significación de los que se adhirieron al homenaje, éste adquirió toda la elocuencia de una gran manifestación, digna de la cosmópolis culta que se la tributaba al ilustre escritor.

Creemos vana tarea describir la fiesta y hablar de la expansiva cordialidad, de la sostenida alegría que reinó durante toda ella. Ya lo hicieron a su tiempo, por otra parte, las crónicas de los diarios. Fué a la vez una velada de arte y de amistad.

Llegado el instante de los brindis, ofreció la demostración en nombre de NOSOTROS el conocido crítico don Juan Pablo Echagüe, en un bello discurso que la concurrencia interrumpió repetidas veces con calurosos aplausos y saludó al final con un unánime batir de palmas. A continuación el poeta Eduardo Talero saludó a Gómez Carrillo con unos galanos y sutiles versos que fueron saboreados por todos con verdadero deleite. Contestó luego Carrillo, cuyo discurso, improvisado sobre el *menú*, no desmereció de las mejores páginas de tan delicioso artista. La fiesta se prolongó luego en un amable torneo literario, en el cual leyó Carlos Schaefer Gallo un delicado soneto, y nuestro director Alfredo A. Bianchi, una salutación a Carrillo de Rafael Al-

berto Arrieta; dijo Guillermo Sullivan unas pocas palabras conmovidas; recitó Hugo de Achával unos ingeniosos y originales *dísticos leoninos* dedicados al autor de *Grecia* y habló Carlos de Soussens en nombre de su antigua amistad con el obsequiado.

Cerró la fiesta el poeta Rafael Obligado, quien tuvo que hablar ante las insistentes instancias de la concurrencia.

Habló Obligado con la noble sencillez y la profunda emoción que sabe siempre poner en cada frase y cuyo valor de sugestión sólo pueden apreciar completamente quienes alguna vez le han escuchado; habló, improvisando con elegante facilidad, del pasado y del presente, de su juventud y de la nuestra, y su discurso, que tal fué a pesar de que por el tono familiar el autor pretendiese quitarle importancia, fué escuchado por todos con respetuoso recogimiento y saludado al final con calurosos aplausos que se unían para celebrar a la vez al poeta ilustre de *El hogar paterno* y al artista exquisito de tanto libro de crítica y de viaje.

En sus líneas generales los conceptos vertidos por Obligado fueron éstos:

“Hace un cuarto de siglo, dijo, llegaron a mí las obras de un gran escritor de la América Central. Me dirigí inmediatamente a él para ampliar el intercambio literario que por aquel entonces habíamos iniciado con mucho tesón. Acabábamos de seleccionar las más bellas expresiones artísticas de nuestra América, coadyuvando a la obra realizada por Lagomaggiore en su difundida *Antología*. No habíamos encontrado sino dos producciones de literatos centroamericanos, contribución bien exigua para una obra de tal naturaleza.

Envié al señor Gómez Carrillo mis primeros versos editados en París, y entonces este ilustre escritor me mandó a su vez su *Historia de la América Central*, una de las más inspiradas y justicieras que se hayan escrito en nuestro continente. Sus páginas me mostraron en un relámpago, no de fuego, sino de luz blanca y buena, lo que habían sido y eran aquellos países. Vinculado desde entonces por lazos muy estrechos de simpatía al señor Gómez Carrillo, podrán ustedes imaginar cuán grato ha de ser para mí expresar este sentimiento admirativo al hijo de aquel amigo lejano. Se lo traslado a él con una profunda emoción.

He llegado a la edad en que el espíritu se siente fatigado después de dudar tanto frente a la vida y el arte. Contaminado por el escepticismo de los filósofos modernos, iban agrupándose las

sombras en mi espíritu. En medio de este retroceso llegó a mis manos una obra que me atrajo: *Jerusalén*, de Enrique Gómez Carrillo, que me hizo volver a la fe con sus bellas y pulidas páginas llenas de unción religiosa. Estoy vinculado, pues, a nuestro ilustre huésped por el cariño consolador que asegura la juventud perenne en mí, esa juventud que al ser también amor a la patria conserva en mi alma un albor de niñez.”

Asistieron a la demostración, los señores: Rafael Obligado, Martiniano Leguizamón, Ricardo Rojas, Juan Pablo Echagüe, Mariano de Vedia y Mitre, Manuel Gálvez (hijo), Enrique García Velloso, P. Zonza Briano, Arturo Giménez Pastor, Eduardo Talero, Roberto Levillier, José León Pagano, Ricardo Levene, E. Hurtado y Arias, Pascual de Rogatis, Hugo de Achával, Emilio Ravignani, Carlos de Soussens, Walter de Navazio, Coriolano Alberini, Edmundo Montagne, Víctor Juan Guillot, Carlos Obligado, Francisco Chelia, Carlos Muzzio Sáenz Peña, Ramón Columba, Carlos Schaefer Gallo, Samuel Linnig, Arturo Cancela, Angel Menchaca, Carlos Sobieski, Héctor Rodríguez, Vicente Nicolau Roig, José H. Rosendi, Francisco Albasio, J. Isaac Arriola, Guillermo Sùllivan, Luis Rodríguez Acasuso, José Benigno Canelo, A. Gironde, J. Alemany Villa, Samuel Rodríguez, Pedro M. Ledesma, E. Basanés, C. García Landa, Francisco de Llorca, Julio Noé, Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti.

Excusaron su inasistencia por carta los señores Manuel Ugarte, José Luis Cantilo, Manuel Mora y Araujo, Alberto Tena, Emilio Becher, Marcelo del Mazo, Eugenio Díaz Romero, W. E. Escudero y Jorge Walter Perkins.

#### Discurso de Juan Pablo Echagüe

La juventud intelectual y artista de la república, representada por los que se sientan en torno de esta mesa, y convocada por la revista NOSOTROS — órgano de sus inquietudes y anhelos espirituales, festeja, con este acto, a uno de los suyos.

Enrique Gómez Carrillo puede, en la circunstancia, ser clasificado dentro de la joven generación de escritores argentinos; no sólo porque él mismo ha declarado que nuestra patria es también un poco la suya; no sólo porque la frescura de su inteligencia y la gallardía de su acción inquieta y múltiple (y hasta el número de sus años, que ultrapasan apenas los ocho lustros a

cuyo extremo colocaba Byron los umbrales de la madurez), certifican que se halla en pleno disfrute del "divino tesoro" cantado por su amigo Darío; sino también, y sobre todo, porque desde hace quince años — los mejores de su mocedad — viene viviendo una intensa vida mental que se enlaza y confunde con la nuestra.

Desde las columnas de *La Nación* — tribuna y fortaleza intelectual de Hispano-América — Gómez Carrillo ha ejercido una influencia decisiva sobre las nuevas generaciones argentinas. Sus exquisitas crónicas nos han ayudado a encontrar nuestra actual orientación artística y pensante, mostrándonos los hombres, las cosas y los aspectos de la vida contemporánea, reflejados en el ángulo de incidencia de un talento luminoso y ágil que pone en todo lo que toca, un destello del "alma encantadora de París", y que entreteje con sus frases, en torno a las ideas, una atmósfera suave, donde cantan alternativamente, la ternura, el entusiasmo, la gracia y la emoción, como cantan las voces melodiosas de las musas en el poema homérico.

Sus libros, que revelan la evolución de un espíritu inquieto y vibrante, en perpetua peregrinación tras la Belleza; y cuya trayectoria hemos seguido con admirativo cariño: dentro del mundo de las ideas, desde la truculencia libertina de "Del dolor, del placer y del vicio", hasta la mística unción de "Flores de penitencia"; dentro del mundo de las formas, desde la Esfinge hasta la Acrópolis, y desde el Santo Sepulcro hasta el Japón heroico y galante, nos han ayudado a estudiar, entre otras cosas, el difícil arte de modelar la prosa.

Y no se le atribuya, señores, importancia mediocre a esta tarea. La juventud de Sud América, se halla empeñada en la obra de forjar de nuevo el magnífico instrumento verbal que le legó la España. Pueblos como los nuestros, situados frente a una naturaleza grandiosa; pueblos sujetos a vivas sensaciones y fuertes experiencias; pueblos que crean y transforman a la vez un continente, deben tener cosas nuevas que expresar. Formas nuevas necesitan, pues, para traducir el tumulto de su acción y el fervor de su esperanza. Por eso, a dar con una nueva técnica se aplican sus escritores, buscando "que en las relaciones gramaticales y sintácticas, la palabra opere como materia sonora y coloreada que despierte armonías y despida reflejos; la frase como substancia móvil, ondulosa y viviente que ligue sus movimientos particulares con el movimiento general; y el período como un conjunto

de voces que, por sus propiedades estéticas, dé a un tiempo mismo la impresión de cuadro, de sinfonía y de farándula”.

La juventud de Sud América trabaja, — decía, — por libertar su prosa escrita de la frondosidad y el énfasis, — pecados originales del idioma castellano, que el retoricismo tropical ha exagerado aquende el Atlántico, — así como por aproximarlo a la flexible precisión y a la matizada elegancia del francés. Varios han sido los maestros que la han guiado en tal empeño. Saludemos, señores, en Gómez Carrillo, a uno de los más autorizados y eficaces. Su prosa que sonríe; su prosa esbelta, musical y sencilla; su prosa substanciosa y plástica, que pasa sin esfuerzo de la ternura a la ironía y del relieve al color; su prosa acerada de polemista y su prosa conmovida de poeta, constituyen uno de los útiles artísticos más admirables que posean actualmente las letras españolas. Adoctrinémonos en ella. Esforcémonos por desdeñar el campaneó verbal y la inflazón retórica, — sobre todo aquellos a quienes el don de la imagen nos ha sido rehusado, — y apliquémonos a conquistar el estilo nervioso, preciso y directo que conviene al ritmo de nuestra vida trepidante; recordando, que para servir de divisa a nuestro esfuerzo, parecen escritos estos versos de Luis Veillot:

Dans les nobles desseins dont l'âme est occupée  
Les vers sont le clairon, mais la prose est l'épée. . .

Gómez Carrillo no ha sido sólo maestro intelectual de la juventud americana. Ha sido también su profesor de energía. Representarlo ante ella en la actitud nervuda y ágil del Discóbolo, fuera ofrecerle un edificante símbolo de su vida de acción y de coraje. Su personalidad proteiforme, tiene, por lo demás, mucho de helénico. Ha triunfado en la palestra al mismo tiempo que en las letras, y la piedad cristiana que nos descubre en sus recientes libros, no le impide profesar que la espada es complemento de la pluma. . . Aprecia la belleza femenina con ojos de pagano, y gusta por igual del comercio de las mujeres y de los filósofos. Tiene, por último, la insaciable curiosidad de aquellos griegos que afrontaban fabulosos peligros para ir a recoger cuentos milenarios y relatos tesálicos, y anotar en sus tablillas los usos de comarcas extrañas.

Sea bienvenido en esta cosmópolis que la ferviente y apresu-

rada esperanza de nuestros abuelos denominó Atenas del Plata, quien por su vida y sus obras encarna el tipo moderno del aticismo antiguo. No encontrará ciertamente en su recinto afebrado y resonante, el clásico jardín de Academo. Pero, — ya lo véis — encuentra discípulos adictos que cultivan con fe la simiente que él ha contribuido a sembrar, y de donde saldrán mañana retoños de los olivos sagrados a cuya sombra disertaba Platón.

Y si encontráis que en este saludo he hablado poco del escritor ilustre, ungido por la fama universal, sabed que de intento no he querido recordar ahora sino aquellas de sus características que más lo aproximan a nuestro corazón; a fin de que cobrase más cordialidad y más calor este homenaje, con el cual festejamos sobre todo, al maestro que nunca dejó de ser camarada, y al camarada que ha llegado a maestro.

#### De Eduardo Talero

#### SALUTACIÓN A ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Si un ritmo muy ágil, risueño y sencillo  
 Me dieran los dioses,  
 Algo evocaría  
 De la melodía  
 Vaga y peligrosa de Gómez Carrillo;  
 De esa melodía tejida con roces  
 Del aire y las alas de las mariposas,  
 Del beso y la carne de las dulces rosas.

Pero todavía,  
 Esa melodía,  
 No diera a mis versos  
 Los tonos sutiles, cálidos, perversos,  
 Que se necesitan  
 En saluciones al gentil aeda  
 En cuyas pupilas doradas palpitan  
 Los temblores finos de las elegancias,  
 El olor secreto de la tibia seda,  
 Los raros paisajes,

La mujer que risas y sollozo arranca  
Con los imposibles de su devaneo  
Y con las perfidias de ese rumoreo  
Que hacen los encajes  
Al rozar los lirios de la pierna blanca.

Tú, Enrique, ya tienes  
El problema divino resuelto;  
Tú encontraste a la vida de gala,  
Sensual y ceñida de rosas las sienes;  
Y tú que eres un Sátiro suelto  
Que has impuesto el aroma de fiesta  
De tu Guatemala —  
De esa lírica y honda floresta —  
Tú llegaste a París, y a tu arribo,  
Excitaste a la vida con ese  
Perfume de selvas, perfume de chivo,  
Que humea en tu prosa  
Y explica que en esos tus labios  
Goloso te bese  
La mujer ansiosa  
De beber los sabios  
Secretos,  
Incontaminados y netos  
De la felicidad saudosa.

Si aquí recibimos  
A un Sátiro suelto,  
Es porque tenemos sobrados racimos  
De sangres mezcladas con viñas añejas,  
Es porque en las pampas también se ha resuelto  
Aprestar al amor los Centauros  
En busca de lauros  
Para tus delirios de pasiones viejas.

Aquí nuestra vida  
Es una hembra morena que estuca  
Su piel ardorosa con lirios;  
Aquí puedes hallarla dormida,  
Aquí puedes besarle en la nuca

Todos los delirios,  
Todos los martirios,  
Todas las ausencias,  
Todas las esencias  
Que ha buscado en el mundo tu vista  
Dorada de artista.

Aquí entre nosotros no temas que asombre  
Tu amor a las niñas, tu desdén al hombre,  
Ni ese tu desgreño  
Que es brisa de ensueño,  
Ni esa tu sonrisa de dolor galante.

Aquí ya sabemos que tu cabellera  
Usa el peine fino de las manos blancas ;  
Aquí ya sabemos que tus palideces  
Son el humo blanco de las morbideces ;  
Que tu amor errante  
Recorre los mares llevando en sus ancas,  
Con ansia convulsa de fiera,  
El cuerpo dorado de la primavera.  
Esta gran Argentina es tu casa.  
Tu pluma  
Que acostumbra anidar en la espuma,  
No es aquí la de un ave que pasa ;  
Ve, si nó, con tus ojos de puma  
Esta selva simbólica de almas  
Y este parque gentil de la raza . . .  
; Asonante de raza con almas ! . . .  
Ya lo sé, . . . mi intención ha sido esa . . .  
Un paisaje fugaz . . . la belleza  
De tu estilo inconsútil de gasa  
Soñando, flotando sobre la nobleza  
De un bosque de palmas.  
Lo que llaman la ciencia y el arte  
En el regio y auroso París,  
Todo eso reparte  
Tu prosa ligera  
Como un incensario  
Donde siempre ardiera

Para la belleza,  
Para la nobleza,  
Con nuestro nectario,  
El blanco perfume de la flor de lis.

Tu lujuria sabia  
Ha besado senos en la dulce Arabia ;  
Ha besado Geishas,  
Frinés, Mesalinas ;  
Y por besar senos marmóreos de iglesias  
Eres personaje de las pesadillas,  
Eres fauno suelto de las parisinas,  
Y hoy es la caricia  
De tu ardor delicia  
Para las mejillas  
Que arden en la hoguera de las tentaciones.

¿Tus frases? halcones...  
¿Tu vida? la vida  
De quien ha gozado la vida atrevida  
De las emociones.

Tú que del ensueño eres noble paje  
Y tú que iluminas  
Con tu ardor de fauno los bosques de encinas ;  
Tú que en las pupilas grabas el paisaje,  
Al partir no olvides  
Las vides,  
Las rosas  
De estas ardorosas  
Sangres argentinas...

#### Discurso de Enrique Gómez Carrillo

Si la Providencia no me hubiera negado de una manera absoluta y cruel, el don de la palabra, esta noche con sólo expresar mis íntimos sentimientos, podría elevarme hasta la verdadera elocuencia.

Nunca, en efecto, nunca, en ninguna parte, he experimentado una sensación tan honda y tan tierna, cual la que, esta noche, me embarga.

La simpatía que me demostráis, vosotros, los más jóvenes, los más ilustres, los más ardorosos representantes de la intelectualidad argentina, me llega hasta el fondo del alma, y hace que mis labios no puedan sonreír como de costumbre y que mi pobre musa, olvidando las frivolidades de que habla Talero, sienta la nostalgia de las nobles frases agradecidas y sonoras. Y es que, amigos queridos, hay algo, para mí, de grave, de familiar, de íntimo y de casi religioso en esta bella fiesta. Al encontrarme entre vosotros, se me figura haber vuelto, después de largos años de ausencia, a un pueblo que es mi pueblo, para abrazar a amigos que no son de ayer, sino de siempre.

Y lo que más me enorgullece, es notar que tal sentimiento lo experimentan también todos mis compañeros de Buenos Aires, en quienes encuentro, no un cariño de extranjeros, no, sino afectos de familia, como acaba de decirlo mi querido Echagüe.

Esto, ya lo sé, lo debo a la grande, a la generosa *Nación*, a la cual Emilio Mitre me llevó de la mano, cuando yo comenzaba apenas a salir de la bohemia y de la sombra.

Pero, ¿qué hispano-americano no se halla aquí en la capital de su patria? Esta es, sin disputa, desde el día en que Rubén Darío vino aquí trayendo el homenaje de quince pueblos menores, la metrópoli de nuestro porvenir, la sede de nuestro futuro prestigio, el centro de nuestro idealismo eterno (puesto que, después de hacer fortuna, comenzamos ya a hacer idealismo).

Como a compatriotas, pues, como a compatriotas que celebran la vuelta de un hermano, os saludo levantando mi copa por NOSOTROS que nos reúne, por *La Nación* que es mi casa solariega y por nuestro querido Rubén a quien todos aquí queremos y admiramos cual un patriarca joven de un joven continente.

---



Enrique Gómez Carrillo

## LETRAS ARGENTINAS

El Limbo, por Dharma.

Difícil resulta el emitir un juicio categórico sobre este poema complejo, desigual y desconcertante. Su concepción general es un tanto abstrusa. Lo simbólico y lo real se mezclan en él con extraña y caprichosa inarmonía. Es en parte un poema filosófico trascendental y en parte una sátira y comentario de actualidad por las alusiones locales que contiene en sus últimas etapas. El vigoroso manejo del verso, la profusión de conceptos, la selección de las imágenes, nos revelaría, empero, claramente, que su autor está lejos de ser un poeta mediocre, si no supiéramos de antemano que bajo el pseudónimo referido se oculta un prestigioso autor ya maduro — como que pertenece a la generación de González, Leopoldo Díaz, Oyuela, etc., — uno de cuyos primeros poemas ha alcanzado enorme popularidad y en quien el ejercicio activo de la política a que acaba precisamente de volver tras un largo paréntesis, no parece haber desterrado completamente sus primeros afectos por la musa.

Volviendo a “El Limbo”, hemos de decir que si falta en él esa armonía y proporción perfecta que debe ofrecer toda obra de este género — para el que, por otra parte, nuestra época es escasamente propicia — existen en el conjunto fragmentos de alta inspiración y hermoso desarrollo. El verso musical, bien timbrado, flexible y ágil, delata la mano experta del artífice que hace gala de su habilidad técnica al cultivar desde el exiguo hexasílabo hasta el verso de diez y seis sílabas, pasando por todos los organismos rítmicos intermedios, con rara destreza siempre. Esta variedad hace que, suprimida la monotonía de la forma, el libro sea leído fácilmente por lo general, a lo que concurre asimismo la diversidad temática, aunque esto último determine desde otro punto

de vista, la falla que hemos anotado al señalar la ausencia de euritmia en el conjunto.

Es "El limbo" un poema dramatizado, es decir, que el poeta habla por medio de numerosos personajes que dialogan entre sí. Los hay fantásticos y quiméricos, tales como los "nirvanoides" y "limbosténicos" creados por el autor y que parecen representar ejemplares de humanidad frecuentes en nuestros días: abúlicos faltos de personalidad efectiva, que desde la inanidad de su vida precaria, roída por el escepticismo, adoptan una actitud negativa y hostil a toda manifestación de los tipos opuestos o sean los "vitaloides" que entonan frecuentemente su himno de amor a la vida y a la acción fecunda. Los hay más abstractos aún, como los númenes del sueño, de las nieblas y de las nieves, o como las "voces" misteriosas que de cuando en cuando resuenan en el poema con palabras de ultramundo. Figura también otro personaje, Aryano, en que parece personificarse el propio autor, pues sus líricos cantos enuncian visiones y ensueños subjetivos. Estos son, digámoslo de paso, los mejores trozos del poema.

Entremezclados con esa pléyade de entes metafísicos y sobrenaturales, desfilan representantes de entidades reales y vulgares; y hasta personajes de existencia efectiva, actual y local, aparecen o son aludidos en el libro. Buscando desentrañar el sentido recóndito de ese mundo abigarrado y confuso, nos parece advertir que el poeta intenta reflejar en él la vida presente con sus mil contradicciones y pasiones que pugnan y chocan entre sí, bajo el influjo de fuerzas ocultas, los eternos problemas del ser y la perpetua contradicción entre el ensueño y la acción; entre la vida contemplativa y la que es lucha exterior, entre el hombre interno y su manifestación social. Para ejemplificar y dar relieve plástico a sus concepciones sugeridas por el ambiente que le rodea acude a cosas ostensibles y familiares. De ahí la aparición de tipos coetáneos y de sucesos actuales que se mezclan en la complicada escena. Si tal ha sido su propósito puede decirse que tan sólo parcialmente ha logrado realizarlo el autor. Demasiado vasto el asunto y más aun sus innúmeras proyecciones, para ser encerradas en los contornos del poema, ello engendra forzosamente la relativa incoherencia del mismo, el cual ha sido compuesto con tan poco orden y claridad, que, siendo una obra dramatizada, se ha omitido hasta la elemental nómina previa de los personajes, cuya definición hubiera facilitado el esclarecimiento del concepto global.

Este resta, pues, en algún modo, hermético e inasequible y no creemos que su continuación en otro volumen que “aparecerá si el público lo llama”, como anuncia el autor, contribuya a tornarle más claro o armonioso, pues su defecto no está en que el poema quede trunco, sino en la inseguridad de su plan.

Fragmentariamente, empero, brinda él innumerables bellezas poéticas en que el acento del vate alcanza a veces aquel “*Os magna sonaturum*”, de que hablara Horacio. Y ello no nos extraña en quien creara ya antes robustas estrofas, para expresar en ellas los nobles ensueños y generosos impulsos de un espíritu superior.

**Impresiones y recuerdos. — Un contemporáneo. — El general Lucio Victorio Mansilla, por Carlos M. Urien.**

Estaba formada por una extraña y brillante alianza de cualidades, pocas veces compendiadas en un solo individuo, la personalidad que en este libro evoca el doctor Urien, y que fuera, por espacio de más de medio siglo, una de las figuras representativas y singulares del viejo ambiente porteño.

Ante la vulgaridad de las vidas corrientes, no puede recordarse sin admiración la existencia de quien supo vivir peligrosamente, según la máxima de Nietzsche, vale decir, ofreciendo a su espíritu las emociones más intensas y diversas. Individualidad poliédrica, cuyas múltiples facetas reflejaban las distintas direcciones de su ser interno; diletante que no desdeñara actividad alguna para su inextinguible deseo de sensaciones, pudo como Alcibiades el griego — cuya aptitud proteica le hacía el más austero soldado de Esparta como el más disipado libertino de Atenas, y el más diestro campeón de la palestra al igual que el hablador sutil y sereno del *Banquete* platónico, — pudo, decimos, ser a la vez y cumplidamente, el guerrero de bélicas hazañas y el *causeur* encantador de los salones, el escritor de libros y el dandy “*d’aurevillesco*” que atraía las miradas con su insólita indumentaria; el sostenedor de lances y el temible polemista de los parlamentos. Todo en él decía la excelencia de la estirpe preclara. Hijo de un militar glorioso y de una dama patricia, poseyendo él mismo las mejores virtudes aristocráticas, llegó “*par droit de conquête* el *par droit de naissance*” como el héroe del poema de Voltaire, a ser el ocupante de un preeminente sitio en la política, la sociedad, las armas y las letras.

Tal surge la silueta prestigiosa del general Mansilla de las páginas de este libro compuesto por un testigo íntimo de sus acciones. Pocos pudieron haber trazado con tan auténtico conocimiento y con tan autorizada opinión el retrato fidedigno del gallardo soldado; porque aun perteneciendo a una generación posterior a la suya, fuéle dado al autor asistir de cerca a la actuación poliforme, pintoresca e interesante siempre, del general Mansilla, en las épocas más accidentadas y salientes de su vida. En este libro, pues, tan completo como puede exigirse de la más acabada biografía, alterna el juicio imparcial, bien que afectuoso, sobre los actos en que fué tan prolífica la existencia de Mansilla, con la descripción del ambiente en que ellos se produjeron y la evocación de los acontecimientos en que tocárale participar, con la anécdota reveladora, que en su sintética expresividad, importa a menudo el mejor documento acerca de una psicología.

Consagra también el doctor Urien diversos capítulos al examen de la obra literaria del general, que con todos sus defectos de estilo y fallas determinadas por la improvisación característica, es, sin embargo, un producto espontáneo y significativo, — a más de valioso por varios respectos — de la inolvidable personalidad que tan acertadamente describe el doctor Urien en este simpático y justiciero estudio.

ALVARO MELIÁN LAFINUR.

## LETRAS AMERICANAS

**Lanzas y potros**, por Víctor Arreguine.

Esta colección de cuentos criollos, en los que el distinguido escritor uruguayo describe perfiles y escenas gauchescas, interesa tanto por sus temas, como por la viveza del colorido con que son desenvueltos. Un lenguaje formado de expresiones a menudo insólitas, un tanto extravagantes a veces, les da un sabor distinto al que ofrecen los ejemplares frecuentes de esta literatura. Hay intensidad y firmeza de rasgos en los tipos que el autor muestra actuando ya en marciales episodios, ya en simples lances sentimentales. Gauchos bravíos y flores humanas de los humildes pagos, emergen destacando sobre el fondo verde de las campañas, sus gestos instintivos y rudos. No escasea la nota de ternura tan intensa en relatos como "Idilio", "Amor que pasa" y "El Secreto de Juan Flores". No obstante, preferimos al autor en sus narraciones guerreras, donde se nos antoja más vigoroso su trazo y más vibrante su estilo. Tal, por ejemplo, en "Mandinga" o "La Derrota", llena de épica fiereza. Alcanza a menudo el estilo del señor Arreguine una singular eficacia descriptiva, pero la exageración del elemento pintoresco le conduce a veces al rebuscamiento y la afectación. Por lo demás, sus relatos atestiguan una visión honda del ambiente donde ellos ocurren y un vivo sentimiento de la naturaleza. La simpática individualidad del poeta se exhibe en este libro escrito sincera y espontáneamente con todas sus cualidades y defectos.

**La Creación de un continente**, por Francisco García Calderón.

Encara el notable escritor peruano en esta obra los problemas de nuestro continente y con la misma sagacidad de miras, conocimiento del asunto y método expositivo que evidenciara en libros tan serios como "Le Pérou Contemporaine" y "Les Démocraties latines de l'Amérique", estudia la significación del americanismo, las tentativas de unificación continental, y la posibilidad de una

autonomía absoluta de estas naciones con respecto a las influencias europeas y yankees.

Libro de recia contextura ideológica y de vigoroso estilo, plantea con rara exactitud las cuestiones que estas democracias han de resolver para que su conjunto alcance la definitiva consolidación a que le destinan sus orígenes. Ha de independizarse económicamente de la Europa al lograr bastarse a sí misma con sus recursos propios y naturales, ha de adquirir originalidad intelectual al crear su propia literatura sin más influjo extraño que el que importa la universalidad de las ideas, ha de asimilar y fundir en sí, las fuerzas étnicas que le llegan de lejos. Ideal distante, sólo están cerca de alcanzarle hoy por su mayor potencia evolutiva dos pueblos del continente: La Argentina y el Brasil. *Cela viendra*, sin embargo, para todos, si animados por un vasto ideal, pugnan estas sociedades por restablecer en toda su solidez los vínculos prístinos. "En la variedad de naciones desconcertadas, descubrimos una antigua armonía. Existe un continente, confederación sin pactos escritos, liga moral sin rudas sanciones, fatal congregación expuesta por el territorio y la raza. Trabajan contra la unión los hombres impotentes, consagran al odio piedras evocadoras; pero una presión formidable que llega de las tumbas subterráneas empuja a la raza anarquizada hacia la final agrupación. En el doliente crepúsculo de los libertadores, sólo la futura unidad consolaba sus ojos moribundos. Los grandes muertos tutelares reviven en nosotros y nos imponen, sobre provisionales disgregaciones, la visión del continente unificado."

Un gran soplo de optimismo pasa a través de las páginas de este libro animándolas de idealidad generosa. Ve él, sin embargo, los tristes obstáculos que oponen firme barrera, difícil de vencer, al logro de los propósitos que preconiza. Su crítica es tan imparcial como certera. No desconoce tampoco lo que podría tener de benéfico la acción de la gran república del norte: "Si se limitaran los Estados Unidos a evitar guerras, a transformar el continente con la acción expansiva de sus bancos y la audacia frenética de sus aventureros, sería civilizadora su influencia".

Tiene un gran don de síntesis el escritor que en un libro relativamente breve, alcanza a fundir en armonioso conjunto, fundamentales nociones históricas, observaciones profundas sobre la actualidad, plausibles y autorizados pronósticos para el futuro. Su visión de conjunto es amplia y honda. Estilista consumado, por lo

demás, resume cada frase de su prosa ágil y coloreada, multitud de ideas. Es sincrético y lógico y una segura educación sociológica fundamenta sus disquisiciones doctrinarias con fuerte base.

El señor García Calderón después de historiar y analizar el panamericanismo y el paniberismo, se define en pro del restablecimiento de la unión racial y del estrechamiento de lazos con la península materna: "Creo — dice — que uno de los aspectos más interesantes del paniberismo, sería la conquista de España por América. Afectuosa cruzada, renovación que trae la prole dispersa al viejo hogar castellano". "¡Qué magnífico empeño para los intelectuales de ultramar! Reunidos por una tarea ideal, a los pensadores ibéricos, contribuirían con su propio resurgimiento espiritual, a la "europeización" de la vieja nación colonizadora". "El paniberismo significa, para los americanos, tradición, y para los españoles, progreso. Limitado a las relaciones morales, corrige el espíritu revolucionario de ultramar, e impide la petrificación de la península". "España salvó la civilización cristiana en Lepanto; y quizás es su destino contribuir a la perpetuidad de la cultura latina en las luchas futuras. El paniberismo adquiere así un admirable sentido humano".

Al estudiar la composición étnica de los pueblos americanos enuncia el autor su confianza en las fuerzas plasmantes del continente que unificarán en una "nueva raza americana" sus elementos diversos. Ensayo una clasificación actual de estas socialidades de acuerdo con los factores componentes: "Si se quisiera designar a las naciones así fundadas con el nombre de las razas progenitoras — observa, — debería llamarse la Argentina, la gran democracia *indoiberoangloitaliana*, Chile la república *indoiberofrancosajona*, el Perú pueblo *indoafrosinoibero*, y el Brasil la inmensa nación *afroindofrancoholandogermanolusitana*. Bárbaros nombres que indican la excesiva complicación de los nuevos Estados". Afirma por fin su fe en el definitivo consorcio de fuerzas autóctonas e inmigratorias en un solo tipo original: "¿Será la Babel maldita o Canaán ubérrimo este continente hollado por todas las civilizaciones? ¿Será una nueva España, una Francia de Ultramar, una colonia latina? Es solo América, novedad en la flora y en la tierra, gestación de hombres nuevos, lenta fundación de una sociedad liberal a la luz de nuevas estrellas. Es el "milagro americano" que asombrará al mundo como a la admiración erudita de Renán, el inexplicable milagro griego".

Estudia luego la verdadera significación del americanismo: "Es una realidad geográfica y social. La definimos en relación con las democracias de ultramar, porque en los Estados Unidos, y aún en Europa, sufre el nombre de América extraña restricción en su alcance. Brillantes pensadores han comprendido que existe un americanismo latino ante el cual son meras limitaciones provinciales las diferencias que separan a las repúblicas orgullosas de su autonomía. Otros escritores no menos vigorosos han defendido la idea de nacionalidad contra una unidad que juzgan demasiado vaga y utópica". Hace la historia y crítica de la corriente americanista y pasando de ésta al examen del nacionalismo cuya reacción es vigorosa en la actualidad de estos pueblos, establece que exento de exageraciones peligrosas, no es él incompatible con la fraternidad continental: "La futura armonía se funda en la cooperación de fuertes organismos políticos. En tal sentido la propaganda nacionalista corresponde, dentro de los límites de las diversas patrias, a la corriente de firme americanismo. De estos movimientos concordantes surgirá un continente armonioso".

La autonomía de las democracias latino-americanas es objeto en el presente libro de un análisis minucioso y atento: Ella está lejos de ser aun un hecho y contra las dependencias actuales en religión, sistema de gobierno, letras, educación, etc., menester es defender una liberación progresiva. En ordenados capítulos estudia el autor cada uno de los aspectos mencionados, señalando con vivo sentido de las realidades presentes, sobre todo en la parte dedicada a "La independencia económica" las bases de esa posible autonomía.

El libro del señor García Calderón no descuida, a nuestro modo de ver, elemento alguno de juicio, ni olvida ningún aspecto de la complicada cuestión americanista. No obscurecen tampoco la clara mente del autor sentimientos de antipatía ni recelos o desconfianzas arbitrarias y, no siendo el abogado que trata de imponer una tesis determinada, sino el sociólogo que examina serenamente el movimiento de complejas sociedades hacia un mejor futuro, sus páginas ofrecen un verdadero cuadro de la actualidad continental y suscitan al mismo tiempo un franco movimiento de simpatía hacia los nobles ideales que en ellas campean, gallardamente expuestos por el elocuente escritor.

## TEATRO NACIONAL

La crónica del presente mes de actividad escénica, exceptuada la historia de los descabros y conflictos internos de las empresas, se reduce a muy poco. De las cuatro obras estrenadas en su transcurso, ninguna revela cualidades que salgan de lo vulgar; por el contrario, dos de ellas, las de los señores Iglesias Paz y Cappenberg, servirían admirablemente como modelos en una exposición retrospectiva de la banalidad escénica. *La Dama de Cœur* representaría en ella el sentimentalismo burgués de fines del segundo imperio, que adquirió su más alta expresión en la literatura de Jorge Ohnet, y *El Apache Argentino*, ya que la senilidad se asemeja a la infancia, vendría a mostrarnos cómo debió ser el melodrama en la niñez.

\*

Hemos aludido a propósito de la obra del doctor Iglesias Paz a don Jorge Ohnet. Por respeto al autor de *Les Batailles de la Vic*, debemos precisar nuestra intención.

*La Dama de Cœur* se acerca a las novelas del escritor francés por caracteres completamente exteriores que alcanzan, sin embargo, a dar la sensación de un *pastiche*. Hay algo, sobre todo, en que el comediógrafo de *La Conquista* coincide con don Jorge Ohnet: la pretensión del buen tono, el deseo de no faltar a las conveniencias sociales y el afán de halagar, como en una charla mundana, a las relaciones congregadas para el estreno. El señor Iglesias Paz practica con destreza este género de adulación. Para disimularlo lo adereza quizá inconscientemente, con algunos granos de prédica moralizadora, que tienen la rara virtud de convertir al público a la causa contraria. Así *La Conquista*, que preconiza el amor conyugal, tiene forzosamente que dar origen a más de una querrela doméstica, pues convence a las señoras jó-

venes de que es preciso pintarse y usar postizos para andar entre casa; *La Enemiga*, que aspira a combatir el amor del lujo, resulta a causa de la ostentación de las *toilettes* de las actrices un incentivo para que las espectadoras renueven su vestuario; y *La Dama de Cœur*, finalmente, que censura el juego en las reuniones femeninas, ha de servir, sin duda, a que se establezca esa práctica entre las señoras de la clase media que se pasan la vida remedando los vicios y las manías de la *haute*.

Porque para estas últimas, el teatro del señor Iglesias Paz es sin disputa una pintura sagaz de la aristocracia porteña, así como las novelas de Ohnet son un fiel trasunto del gran mundo francés. Al igual del autor de *La Grande Marnière*, el distinguido universitario sitúa todas sus piezas en medios opulentos en que las mujeres son hermosas y elegantes y los hombres simpáticos, inteligentes y buenos, pero muy buenos en el fondo... Algunas veces sus héroes tienen pequeños defectos: los mozos son egoístas y jugadores, las jóvenes frívolas y vanidosas, pero aparte de que estos pecados veniales sirven de pretexto a la comedia, a la conclusión del tercer acto, todo el mundo se ha corregido y será intachable de allí en adelante.

Dirigiéndose a la misma clase de espíritus, este comediógrafo tiene sobre Ohnet la ventaja de practicar un género de un optimismo más asequible y consecuente: mientras que en las obras del último se asiste como en el poema miltoniano, a una lucha a brazo partido entre la virtud y el vicio, en las del autor de *La Conquista*, como en los relatos de Trueba, apenas si unas nubecillas de verano oscurecen por momentos la rauda felicidad de los protagonistas. Es de advertir que el conflicto de todas las piezas del señor Iglesias Paz se inicia cuando la luna de miel de sus héroes entra en menguante; las primeras molestias de la vida conyugal le ofrecen tema para disertar abundantemente sobre los deberes recíprocos de los esposos. Los dos personajes principales de *La Conquista* se han casado hace poco: la mujer descubre que su marido se enfría y como la intriga se desarrolla en invierno aumenta la calefacción interior para retenerlo junto a ella. Es seguro que al llegar el verano la amante señora instalará ventiladores y heladeras para continuar manteniéndolo a su lado.

Los protagonistas de *La Enemiga* no hace mucho que han contraído enlace: el marido advierte que su mujer gasta demasiado, la reconviene dulcemente, le muestra su libro de caja y la hace

asistir a una entrevista en la que se evidencia que las amas de leche aparte de ser un gasto oneroso, suelen provocar el derrumbe de los hogares.

La pareja más en evidencia de *La dama de Cœur* se ha unido recientemente con los dulces lazos de Himeneo: la señora se consuela del alejamiento de su esposo jugando a crédito hasta que su mala suerte le esfuerza a recurrir a su marido. Hay una explicación entre ambos esposos, saldan la deuda y se reconcilian definitivamente.

Esta es la primera vez que un *meteón* viene a consolidar la felicidad de una familia.

Como se ve, todas las piezas del distinguido autor son una rara especie de epitalamios con estrambote y moraleja. Aunque también podrían considerarse como epístolas de San Pablo post-nupciales.

El señor Iglesias Paz emplea el estilo minucioso y pintoresco de *Serge Panine*, *Lise Fleuron*, *La Comtesse Sarah* y tantas otras difundidas producciones del maestro francés. Vale decir que su principal figura retórica consiste en la enumeración. Es éste un recurso que manejado por manos hábiles puede dar fuerza y precisión extraordinaria al período: basta únicamente que el adjetivo sea aplicado en forma concisa y rápida y que la frase tenga cierto movimiento rítmico. Los que hayan podido apreciar la verbosa descripción de la casa patriarcal en *La Enemiga* y las evocaciones hortícolas de los jóvenes de *Ilusiones*, juzgarán los efectos que el autor obtiene con este procedimiento.

Nosotros nos eximimos de graduar su destreza, pero advertimos que con ese medio se pueden escribir epopeyas o levantar inventarios. . .

\*

A *La Dama de Cœur*, representada en el Teatro Nuevo, siguió un drama en tres actos de don José González Castillo, con que clausuró su temporada la compañía del Nacional de la calle Corrientes. *El Grillete*, — así se titulaba la pieza — es una obra sobria y bien construída. Interesante para el espectador, ofrece escaso interés para el crítico porque no señala nada nuevo dentro del teatro nacional, ni revela progreso alguno en la capacidad artística de su autor. *El Grillete* es, en cierto modo, una obra definitiva. El señor González Castillo afirma en ella sus condiciones de hombre de teatro; será necesario que utilice en algo elevado ese talento práctico.

ARTURO CANCELA.

## NOTAS Y COMENTARIOS

JOSE MARIA RAMOS MEJIA

*Falleció el 19 del corriente*

El nombre del escritor ilustre fallecido el 19 del corriente, ha de quedar durablemente incorporado a la breve lista de la primera falange de estudiosos que acometieron la empresa de analizar con criterio científico los hechos de nuestra historia patria. Alienista de talento, llevó a la historia los métodos y los puntos de vista de la psiquiatría, y con ciencia y sutileza aplicóse a escrutar las taras de los organismos sociales enfermos o de sus encarnaciones humanas. Así escribió *Las neurosis de los hombres célebres* y *Las multitudes argentinas*, y como coronamiento de su esfuerzo en tal sentido, su obra maestra, *Rosas y su tiempo*.

Pero no fué Ramos Mejía, como injustamente se ha dicho por algunos, un simple expositor de neurosis, de casos clínicos. No. Poseía la visión amplia y robusta del historiador y no desdeñaba ningún elemento que pudiese contribuir a la reconstrucción de una época. Los escritos públicos y sobre todo los privados, la tradición oral, la estadística, la etnografía, los factores del medio físico, todo sabía considerarlo en justa proporción. Ahí está *Rosas y su tiempo* para atestiguarlo, con sus cuadros llenos de color y de vida que resucitan un ambiente y nos lo hacen sentir y comprender. Más aún: puede decirse que Ramos Mejía es el único historiador de esa época que ha considerado todos los factores. Su historia, vívida y palpitante, nos ha hecho dar un gran paso en la comprensión de la tiranía: por la psicología colectiva del pueblo y la individual del hombre dominante, Ramos Mejía nos ha explicado muchos de los enigmas de esa edad dolorosa. Ya hemos dicho que el psiquiatra intervino a su tiempo para señalar las lacras allí donde las halló; pero ¿cómo no había de intervenir

y qué explicación completa habríamos tenido sin su intervención, si se piensa que la tiranía no pudo ser otra cosa que un fenómeno morboso, individual y social?

Ramos Mejía no era un artista. Pintaba a vastos brochazos, con tonos cálidos, con pasión; acumulaba las tintas; no respetaba siempre las reglas de la composición, asemejándose en todo ello a López. Su prosa, plagada de tecnicismos, neologismos y barbarismos, distaba mucho de ser elegante y correcta; pero dominaba esos defectos la animación del conjunto, del cual desprendiase un vigoroso espíritu de realidad.



José María Ramos Mejía

Merece mención aparte su labor de hombre de gobierno, consagrada durante algunos años a la dirección de muy importantes instituciones del país, como la Asistencia Pública y el Departamento Nacional de Higiene, y últimamente, el Consejo Nacional de Educación.

Son notorios los incidentes que lo llevaron a dimitir de tan alto cargo, vencido al fin por las tenaces resistencias e indomeñables rebeliones que levantó su espíritu absorbente y dominador — y no es éste el momento de insistir sobre ellos. Pero las mismas calidades de ese espíritu revelan su temple de acero y la pasión que ponía en su obra constructiva. Y si pudo equivocarse a veces en los medios, no andaba descaminado en la persecución de la meta, que era la de formar por virtud de la escuela primaria la conciencia nacional que tanta falta nos hace. Exageró los procedimientos, acaso, y eso es un nuevo dato que caracteriza el entusiasmo con que acometió la empresa; pero nadie podrá quitarle

el honor de haber sido el primero que realizó entre nosotros sobre amplias bases el plan de hacer de la escuela un instrumento forjador de la nacionalidad.

Maestro en la ciencia, ciudadano eminente y noblemente inspirado en la acción, su vida fué dignísima, y su obra, fundamental, y ambas merecedoras del respeto de la posteridad, que apreciará de ellas los frutos útiles, así como los contemporáneos señalaron en ellas los errores.

### Banquetes literarios.

Ha partido para Europa, Emilio Lazcano Tegui, colaborador de Nosotros y miembro de redacción de *La Mañana*, más conocido por el pseudónimo de *Vizconde de Lazcano Tegui*. Nuestro amigo, bohemio de buena raza, burlón extraordinario e impenitente mentiroso, aunque convicto y confeso, no una sino mil veces, fué despedido por un grupo de colegas en una fraternal comida que le ofrecieron en el París Hotel el 4 del corriente. Ofreció la demostración Alvaro Melián Lafinur con un elegante discurso, del cual extractamos la frase siguiente dirigida al obsequiado: "Tú has puesto en el ambiente monótono y vulgar de la ciudad, tu nota bizarra y amena; nos has entretenido y divertido a menudo, y ese bien, justo es agradecerlo debidamente, hoy que partes, lírico Simbad de extrañas peregrinaciones, impulsada la vela latina de tu barca por la brisa del ensueño."

Contestó Lazcano Tegui con aquella frívola y conmovida gracia que sabe poner en sus palabras, prometiendo volver de París, con obra hecha, y cerró la fiesta con un bello *in promptu*, Martiniانو Leguizamón.

— También se realizó el 3 del corriente en el París Hotel la demostración con que los amigos de Carlos Muzzio Sáenz Peña quisieron festejar el éxito logrado por su traducción de las *Rubáiyát*, de Omar Khayyám. Se hizo intérprete del común sentir en la hora de los brindis el doctor Alejandro Gancedo (hijo), y a continuación hicieron uso de la palabra el obsequiado y don Jorge M. Piacentini.

Y a propósito del objeto de esta fiesta cabe aquí dejar constancia del éxito y la resonancia que ha tenido en nuestros círculos literarios esta versión del gran poeta persa, éxito demostrado por la venta de librería y resonancia certificada por los muchos

artículos que la obra ha merecido, aparte la conferencia que noches pasadas dedicó don Salvador Barrada en el Ateneo Nacional.

#### Intercambio intelectual americano.

Respondiendo a la invitación que en un artículo titulado *Nuestro canje sudamericano*, dirigimos meses atrás a todos los escritores de América, a fin de que colaboraran en las páginas de NOSOTROS — artículo e invitación que han merecido ser transcritos y comentados por varias publicaciones del continente, — el señor Carlos de Velazco, director de la seria y excelente revista mensual *Cuba contemporánea*, que honra verdaderamente, junto con algunas similares, la cultura de la Antilla mayor, nos ha escrito una conceptuosa carta de la que entresacamos los principales párrafos, por creerlos de interés general:

“También *Cuba contemporánea* — nos dice — quiere ser una revista americana, y sus páginas están, desde luego, a la disposición de ustedes y de todos los compañeros argentinos: en ella hemos publicado ya artículos de Manuel Ugarte, García Calderón (peruano), F. Contreras (chileno), R. Blanco-Fombona (venezolano), Diego Carbonell (venezolano), Gabriel Porras Troconis (colombiano), Américo Lugo, Pedro y Max Henríquez Ureña (dominicanos), y tenemos originales del gran Rodó y de Luis Alberto de Herrera (uruguayos) y de otros muchos escritores de nuestra América. Yo agradecería, pues, ya que nos guía el mismo alto sentimiento de fraternidad americano, el mismo deseo de dar a conocer en todo el continente a los hombres que valen en nuestras veinte repúblicas, que diesen ustedes a conocer entre los escritores argentinos nuestro deseo de difundir aquí su valer, ya por medio del envío de algunos trabajos, ya por medio del envío de buenos libros que, siendo dos los ejemplares, serían amplia e imparcialmente juzgados en nuestra sección Bibliográfica. Acá es raro el libro argentino que llega, y queremos que lleguen, y de los buenos, para hablar de ellos.”

Nada tenemos que agregar a tan generosas palabras. Sólo hemos de recomendar una vez más a nuestros amigos tan importante revista que les abre los brazos, una de las mejores, en su carácter semejante al de NOSOTROS, que aparecen en América.

**Conferencias sobre literatura argentina.**

En el salón del Ateneo Hispano Americano, ha dado el señor José Cantarell Dart, durante el mes en curso, varias conferencias sobre los orígenes y evolución de nuestra literatura.

Comenzando a narrar desde el período colonial y llegando hasta la época de Alberdi, con el estudio de cuya personalidad dió fin al ciclo de sus lecturas, el conferenciante examinó los caracteres y modalidades de los diversos períodos de la historia literaria argentina y evocó las figuras más salientes de esos tiempos, emitiendo juicios sintéticos y acertados a propósito de cada una de ellas. Labardén, Luca, Echeverría, Varela, Fray Cayetano Rodríguez, Sarmiento, Mitre, Avellaneda, Juan María Gutiérrez, para citar algunas de las eminentes individualidades reseñadas por el señor Cantarell, fueron analizadas con simpático empeño, revelándose en el autor una plausible dedicación a los temas nacionales.

La literatura argentina del pasado ofrece un amplísimo campo de investigaciones que aun está por realizarse y es por lo tanto estimable toda tentativa en el sentido de establecer claramente el significado histórico, social y literario de obras insuficientemente conocidas por las generaciones actuales. La labor a que nos referimos, aunque no exenta de deficiencias, es producto de una orientación encomiable, en la que sería satisfactorio persistiera el joven y laborioso autor de las conferencias antedichas, que fueron escuchadas y aplaudidas por un numeroso auditorio.

“NOSOTROS”.

---

# NOSOTROS

Año VIII - Tomo XIV

## ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
<b>A</b>	
Arrieta Rafael Alberto.....	Sueño (versos)..... 18
<b>B</b>	
Barrenechea Mariano A. ....	Federico Nietzsche y Ricardo Wagner..... 19, 126
Bayón Herrera Luis.....	Siripo (poema heroico en tres actos. 1.º y 2.º acto)..... 155, 258
Bertellotti Fóscolo .....	Carlos Obligado (caricatura).... 125
'    '    .....	Martiniano Leguizamón (caricatura)..... 225
'    '    .....	Enrique Gómez Carrillo (caricatura)..... 317
Bonet Carmelo M.....	El diputado Antonio de Tomaso (con retrato por <i>Aguilar</i> )..... 97
Bravo Mario.....	Rosendo Montoya (capítulo de novela)..... 5
<b>C</b>	
Calou Juan Pedro.....	Crónica musical..... 216
Cancela Arturo.....	Teatro Nacional..... 104, 213, 326
Capdevila Arturo.....	La paradoja del amor..... 113
Carrasquilla Mallarino.....	Poesías..... 235
Coronado Nicolás.....	Sonetos íntimos..... 303
Corti Alfonso.....	Alrededor del «Siripo»..... 182
<b>D</b>	
Díaz Luis María.....	Sonetos..... 255
Dirección La .....	La demostración de NOSOTROS a Enrique Gómez Carrillo..... 307



**S**

<b>Salaverri Vicente A.</b> .....	La locura del fauno (cuento)....	146
<b>Sanguinetti Carlos</b> .....	Elogio de tu risa (versos).....	81
<b>Schaefer Gallo Carlos</b> .....	La leyenda del Kacuy (poema trágico en tres actos).....	34
<b>Sullivan Guillermo</b> .....	De las horas (versos).....	102

**T**

<b>Talero Eduardo</b> .....	Versos leídos en el banquete a Gómez Carrillo.....	307
-----------------------------	---	-----

---